



203









LA  
LUZ DEL ALMA,

ESCRITA POR

D. MANUEL DE REVILLA OYUELA

Y DEDICADA AL

EXCMO. É ILMO. SR. D. TOMÁS BELESTÁ Y CAMBESES,  
OBISPO DE ZAMORA.

CONTIENE:

UNA IDEA GENERAL DE LA LEY NATURAL Y PARA QUÉ  
SE LA HA DADO DIOS AL HOMBRE.

LA REFUTACIÓN DE LAS PRINCIPALES OBJECIONES  
CONTRA LA RELIGIÓN Y

LA REGLA GENERAL DE VIDA DE LAS FAMILIAS.

LA EXPLICACIÓN DE LA MISA Y DE SUS CEREMONIAS,  
DE LOS SACRAMENTOS DE LA PENITENCIA  
Y EUCHARISTÍA

CON LAS ORACIONES QUE DEBEN LEERSE Y MEDITARSE  
ANTES Y DESPUÉS DE RECIBIRLOS.

EL MÉTODO PARA HACER EXAMEN DE CONCIENCIA  
Y OTRAS ORACIONES DE USO DIARIO  
Y MÁXIMAS MORALES.

CON APROBACIÓN ECLESIASTICA.



MADRID.—1891.

IMPRENTA DE FORTANET,  
calle de la Libertad, núm. 29.



ES PROPIEDAD.

Precio: en rústica, 1 pta.; encuadernado, 1,25.



# CENSURA ECLESIAÍSTICA.

---

## INFORME.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

*En cumplimiento del encargo con que V. E. R. se ha servido honrarme, he leído detenidamente el libro titulado LA LUZ DEL ALMA, escrito por el Licenciado D. Manuel de Revilla Oyuela, encontrándole muy ajustado á la Doctrina y Moral cristianas. Por esto y por la piedad, sanos principios y utilísimas máximas en que dicho libro se inspira, le considero muy á propósito para el objeto á que se determina.*

*Es cuanto tengo que informar en conciencia á V. E. R., cuya preciosa vida guarde el Señor muchos años para bien de la Iglesia. Zamora 1.º de Abril de 1891.—Excmo. Señor.—DR. CELESTINO DE PAZOS, Deán.—EXCMO. É ILMO. SEÑOR OBISPO DE ZAMORA.*

---

## APROBACIÓN.

Zamora y Abril 3 de Marzo.

Visto el informe que precede, emitido por el ilustre Deán de nuestra Santa Iglesia, á quien confiamos el examen del libro titulado «La Luz del Alma», le aprobamos y autorizamos su publicación, y recomendamos á nuestros diocesanos.—TOMÁS, OBISPO.



AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. TOMÁS BELESTÁ Y CAMBESES,  
OBISPO DE ZAMORA.

---

*Tengo la honra de dedicar á V. E. I. este pequeño libro, en que, si otro mérito no, hallará al menos mi deseo de contribuir á la gran obra de la regeneración del sentimiento religioso, llevándole á manos de los que no tienen otros medios de instruirse, y el único tributo de la más distinguida consideración que puedo ofrecer á los piadosísimos sentimientos é infatigable celo de V. E. I. por los altos y graves intereses que tan dignamente le han sido encomendados.*

*Suplico á V. E. I. se digne aceptar este pequeño testimonio del profundo respeto y veneración que le ofrece su más humilde servidor que besa su sagrado Anillo*

MANUEL DE REVILLA OYUELA.



## AL LECTOR.

---

Hemos escrito este pequeño libro no para las personas ilustradas ni para las que tienen medios de recibir una buena instrucción, y sí para los que carecen de estos.

No es el hombre más feliz por ser más sabio ni por atesorar grandes riquezas: todos nacemos desnudos, y envueltos en pobre mortaja hemos de ser sepultados en la tierra, de que fuimos formados; y si unos disfrutan durante su vida en este mundo las comodidades de la opulencia al mismo tiempo que otros sufren las amarguras del trabajo y las privaciones de la

miseria, no se sabe cuál será más feliz, porque si el sabio y el poderoso hacen mal uso de su saber y de sus riquezas, más feliz es el pobre que vive resignado en su miseria.

Triste idea podríamos formar, en medio de nuestra pequeñez, de la bondad infinita de Dios, si creyéramos que había creado al hombre solo para que viva algunos años en medio de placeres ó disgustos. Pero, no: el hombre ha sido creado para un fin más alto: ha venido al mundo para ganar y hacerse digno del cielo, arreglando su vida y todas sus acciones á la ley que el Señor le ha dado, y esa ley la puede cumplir lo mismo el rico en la opulencia, que el pobre en la miseria, el sabio que el ignorante, el rey que el vasallo, el joven que el anciano.

Y nos ha inspirado la idea de escribir este libro no solo la ignorancia

que hemos observado en muchas personas, la indiferencia á las cosas santas y el abandono y corrupción en que generalmente se vive, sino también el que de tantos libros como se han escrito para texto de la instrucción primaria, en ninguno se expone lo que es la ley natural y para qué se la ha dado Dios al hombre, la refutación de las principales objeciones que se hacen contra la Religión, ni se explica lo que es el santo sacrificio de la Misa, sus ceremonias, ni las disposiciones con que debe asistirse á él, ni los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía con las oraciones que deben leerse y meditarse antes y después de recibirlos, ni el método para hacer examen de conciencia, ni otros asuntos muy necesarios para el cristiano.

Así, que el lector hallará en este pequeño libro un conjunto de doctrina y enseñanzas que le puede servir

de gran guía y consejero en la vida; y por lo tanto, le recomendamos su frecuente lectura, al mismo tiempo que nos permitimos recordar á los padres de familia y á los maestros el deber tan grande en que se hallan de instruir á los niños en todo lo que se refiere á la Religión cristiana con preferencia á todo lo demás que constituye el saber humano, porque nada contribuye tanto al bien del individuo, de la familia y de la sociedad.

---



## PARTE PRIMERA.

### La ley natural.

---

#### I.

Al crear Dios al hombre, imprimió en su corazón la ley que había de observar, y ésta es la ley natural contenida en los diez mandamientos.

En el transcurso de los siglos que se sucedieron desde la creación del mundo, la corrupción y los vicios de los hombres llegaron á borrar ú oscurecer la idea de esa ley de tal manera, que entre todos los pueblos solo el de Israel la conservaba. Mas, llegó á observarla tan mal, que el Señor tuvo que dársela á Moisés escrita en dos tablas de piedra

para que los hombres leyesen en ellas lo que no leían en su corazón. Desde entonces la ley natural se llamó también ley escrita, y á pesar de estar grabada en piedras y de la manera imponente y majestuosa que el Señor se la había dado á Moisés, en el discurso de los siglos que mediaron hasta la venida del Mesías sufrió tan falsas y torcidas interpretaciones por parte del mismo pueblo que la había recibido, que llegó á quedar casi oscurecida en medio de la idolatría ó adoración de dioses falsos.

Pero el Señor había prometido libertar al hombre de la esclavitud del pecado, y el Hijo Dios, hecho hombre, vino á condenar las falsas interpretaciones dadas á la ley natural y á restablecerla en todo su esplendor y grandeza, llamándose después ley evangélica.

Estando Jesucristo en el templo explicando esa ley, le preguntó uno de los Doctores: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Y Jesucristo

le dijo: *Amarás al Señor, tu Dios, en todo tu corazón, en toda tu alma y con todo tu entendimiento.* Y estando en otra ocasión en una Sinagoga, otro Doctor le preguntó: Maestro, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? Y el Señor le dijo: *¿Qué está escrito en esa ley? ¿Cómo lees tú?* Y el Doctor le contestó: Yo leo amarás al Señor, tu Dios, en todo tu corazón, en toda tu alma y con todo tu entendimiento. Y entonces le dijo el Señor: *Has respondido bien: haz tú eso y vivirás.*

Por estas palabras de Jesucrito se comprende que toda la ley se reduce á estos dos mandamientos: Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

## II.

Mas no han faltado algunos impíos que, creyéndose con más saber que todos los demás hombres, han dicho que

no hay Dios, ni gloria, ni infierno, y que el mundo se formó de las materias que vagaban por el espacio, agitadas por un movimiento que sobrevino; y vamos á contestar á cada uno de estos errores para que el buen cristiano no se vea sorprendido por esas ú otras doctrinas tan absurdas.

Si abandonados á nuestras fuerzas no podemos comprender que existiera ese espacio que llamamos cielo ó firmamento, ni esas materias, ni movimiento alguno, ni la luz, ni nada de cuanto existe, sin que un Sér grande y omnipotente lo crease, ¿cómo hemos de creer que la casualidad ó por un movimiento espontáneo, sin haber un Sér que le produjera, se formase la tierra, el firmamento, el sol, la luna, las estrellas, las aves, los peces y los animales todos, las plantas y los árboles, que nos alimentan con sus frutos, y el hombre, que es el sér privilegiado de la naturaleza, y que todas estas cosas se hayan dado á sí mismas las leyes por que se ri-

gen y gobiernan desde el principio del mundo?

Si viendo todo esto no nos convencemos, elevemos nuestros ojos al cielo y pongámonos á pensar si el hombre ó la casualidad han podido hacer el maravilloso espectáculo que presenta á nuestra vista el sol iluminando y dando vida á toda la naturaleza, y por la noche la luna y millones de estrellas que nos reflejan su hermosa luz.

Si todo esto tampoco nos convence, recojamos nuestro espíritu, y cuando cometamos alguna falta contra la ley de Dios, pongámonos á pensar en lo que nos sucede, y veremos que sentimos una inquietud y un remordimiento en nuestra conciencia, que nos hace estar intranquilos y temerosos de un castigo. ¿Y por qué? Porque la ley de Dios se halla tan arraigada en nuestra alma, que, cuando la quebrantamos, nos hace sentir que la hemos quebrantado; que hemos ofendido al Señor, y que nos hemos hecho acreedores á un

castigo; y por el contrario, si la acción es buena, experimentamos una alegría y una satisfacción que nos engrandece, creyéndonos merecedores de una recompensa, porque esa ley nos dice, que así como Dios castiga lo malo, así también premia y recompensa lo bueno.

Y si tan necios y pertinaces fuéramos que no nos convenzan estas razones, hagámonos esta reflexión: La ley de Dios no nos manda hacer lo malo ni lo imposible; el Señor, que la ha impreso en nuestros corazones, promete la eterna bienaventuranza á los que la observan, y castigar con eternos tormentos á los que la quebrantan; los que dicen que no hay infierno ni gloria, ni pueden probar que esto sea verdad, ni nos aseguran una recompensa por creerlo, y en esta duda, si permitido nos fuera dudar de cuanto el Señor nos tiene dicho y prometido, ¿qué debemos hacer? Creer que hay gloria eterna para los buenos é infierno eterno para los malos, porque, además que esto es lo que es-

tamos obligados á creer, nada aventuramos ni perdemos, y no creyéndolo ni observando los preceptos de esa ley, lo aventuramos y perdemos todo.

Y no solo Dios castiga las faltas cometidas contra su ley, sino también los hombres ó la sociedad por medio de los tribunales de justicia, como se ve en el Código penal que establece grandes penas contra los que blasfeman y profanan los templos y las cosas sagradas; contra los que injurian, calumnian ó maltratan á otro; contra los que hurtan, roban ó estafan; contra los que prestan como testigos declaraciones falsas en los tribunales de justicia; en una palabra, contra todos los que infringen las leyes que se relacionan con la Religión y moral cristiana, porque sin Religión y sin la sana moral no puede haber buenas leyes ni gobernarse bien á los pueblos. Así que, tanto por el bien de nuestras almas, como por vivir con toda tranquilidad, debemos procurar conocer bien la ley de Dios y ajustar á ella todas

nuestras acciones, porque el gran negocio que traemos al nacer, no son los placeres del mundo, sino la salvación del alma: la vida es un soplo, un instante, y la eternidad no se concluye jamás.

### III.

Cada familia es una pequeña sociedad, cuyos individuos tienen, según la ley de Dios, sus respectivos deberes, y aspiran á un mismo fin; el padre, como jefe de la familia, tiene el de alimentarla, educarla y procurar su mejor porvenir; la madre el de obedecerle y ayudarle en todo lo que se refiere al cuidado de la familia y de las cosas de casa, y los hijos y los criados el de obedecerles y ayudarles en todo.

Explicando más estos deberes para que el lector se penetre bien de ellos, diremos que el marido debe tratar á su mujer con el mayor agrado y cariño, advirtiéndola cualquiera falta que vea en ella,



de modo que no se desprestigie la autoridad que tiene sobre sus hijos y criados; que la mujer debe ser humilde y respetuosa para con su marido para no dar lugar á disgustos y cuestiones de mal efecto para la familia, y que los dos tienen, bajo la más grave responsabilidad, el de instruir á sus hijos y personas encomendadas á su cuidado en la doctrina cristiana, y de crear en ellos hábitos de Religión y de virtud, acostumbrándoles á los rezos y oraciones de la mañana al levantarse, de la noche al acostarse, y á las horas de las comidas y á frecuentar los Santos Sacramentos y demás que es costumbre entre las familias cristianas.

El de corregir y castigar sus faltas sin exasperarlos para no provocar la soberbia.

El de no permitirles la lectura de libros prohibidos, ni andar con malas compañías, ni ir á las tabernas, casas de juego y reuniones peligrosas.

El de ser discretos en el cariño de sus

hijos para no despertar en ellos la envidia.

El de observar su carácter é inclinaciones para dedicarles al arte, oficio ó profesión en que puedan ayudarles y atender á su subsistencia el día de mañana.

El de enseñarles á tratar con el mayor respeto y consideración á todas las personas, principalmente á los sacerdotes, autoridades, maestros, ancianos y pobres.

El de inspirarlos el sentimiento de la caridad, socorriendo por su mano al mendigo, al enfermo y al necesitado.

El de dedicarles al estudio y al trabajo, haciéndoles comprender que éste, además de ser el castigo que el Señor impuso á nuestro padre Adán y á todos sus descendientes, cuando le condenó á vivir del sudor de su rostro, es una virtud cuando se ofrece á Dios en sacrificio de nuestras culpas, y una necesidad para evitar la ociosidad, que es la madre de todos los vicios.

El de hacerlos comprender que el lujo y la disipación en el comer, en el vestir y en todo lo que se refiere á las comodidades de la vida, es muchas veces causa de la ruina y de la desgracia de las familias, y que lo que se gasta de más podrá necesitarse para el día de mañana.

El de hacerles ver la necesidad y la obligación que tenemos de resignarnos en las vicisitudes y contratiempos de la vida, porque muchas veces el Señor lo dispone así para nuestro bien, y porque con desesperarnos nada conseguimos, sino ofenderle.

El de instruirles y acostumbrarles al manejo de los asuntos de la casa para que ellos sepan dirigirlos el día de mañana sin valerse de otras personas.

El de hacer su testamento y la división de sus bienes para evitarles los grandes disgustos y crecidos gastos, que esto ocasiona, y más cuando hay que recurrir á los tribunales de justicia.

El de darles el mejor ejemplo en todo,

porque los padres que viven en la holganza y pasan el tiempo en los centros de reunión donde se come, se bebe, se juega ó se cometen otros excesos, lo que hacen es disipar el tiempo y los intereses que deben consagrar al cuidado de la familia y á mejorar su porvenir, inficionando con su mal ejemplo el corazón de sus hijos y dando lugar á que estos, cuando sean mayores, lamenten su desgracia y les dirijan sentidas quejas.

Los hijos deben ser humildes, cariñosos y obedientes en todo á sus padres, evitarles toda clase de disgustos y ayudarles en cuanto puedan; consolarles en sus aficciones; asistirles con el mayor esmero y cuidado en sus enfermedades; mostrarse cariñosos y agradecidos cuando les reprendan y castiguen, porque lo hacen en el cumplimiento de su deber y por su bien, y cuando ya son crecidos contribuir de una manera prudente y cariñosa á calmar los disgustos y cuestiones que se suscitan entre sus padres; pues estos, después de Dios, les han dado

el sér, les han criado á costa de grandes cuidados y sacrificios y les han atendido en todas sus necesidades. ¿De qué otra manera pueden corresponder á tantos beneficios?

Los hermanos deben tratarse con el mayor cariño y confianza; los menores obedecer á los mayores; los unos cuidar á los otros, y todos dispensarse sus faltas, porque, cuando no se hace esto, vienen los disgustos y los resentimientos, y cuando son mayores, en vez de vivir en la mejor armonía y de protegerse mutuamente en sus adversidades, se odian y se detestan como enemigos.

Los amos y señores deben tratar á sus criados no con despotismo ni con malas maneras, sino con la consideración debida á las personas que buscan para que les ayuden en sus cuidados y ocupaciones, y están obligados á instruirles en la Religión cristiana; á velar por sus buenas costumbres, y á mirar por ellos como personas que forman la familia y que contribuyen á su bienestar.

Los criados á su vez están obligados á tratarles con respeto; á obedecerles en todo y evitarles toda clase de disgustos; á cuidar de su casa y de sus intereses, y á ser fieles y exactos en el cumplimiento de todos sus deberes.

Las familias que viven bajo esta regla no pueden menos de ser felices, cualquiera que sea su posición y las circunstancias en que se hallen; pero, como muchas veces sobrevienen acontecimientos que ponen á prueba la virtud de todos, preciso es indicar lo que en tales casos debe hacerse. Si son enfermedades, nada más natural que procurar la salud del enfermo por cuantos medios sean posibles, y que todos le asistan, le consuelen y traten de animarle; si pérdida de intereses, resignarse con ella, si no hay otro remedio, y tratar de recuperar lo perdido dedicándose todos al trabajo y economizando cuanto se pueda en toda clase de gastos; si peligros ó contrariedades de otra clase, acudir á personas doctas y prudentes

para que nos ilustren con su consejo.

Y á propósito de lo mucho que algunas veces influye un buen consejo en la suerte de las familias, vamos á referir dos hechos.

Había un famoso usurero, que en su afán de hacerse rico prestaba dinero al más alto interés: en uno de sus apuros acudió á él un modesto labrador y le facilitó la cantidad que necesitaba: llegó el plazo convenido para el pago, y como no pudo devolvérsela, porque el año había sido muy calamitoso, el buen usurero le embargó la poquísima cosecha que había recogido, los ganados de labor, los sembrados que había hecho, y su ajuar de casa.

Angustiado el pobre labrador al verse tan amenazado de la desgracia, ocurrióle presentarse al párroco del pueblo, persona muy respetable por sus virtudes, para ver la manera de salvar tan grave conflicto, y después de oírle le dijo: Vete á tu casa, yo le hablaré y tal vez consiga alguna gracia.

Presentóse con efecto el buen sacerdote al usurero, hizole comprender que había faltado á la caridad prestando dinero á un interés tan crecido y comprometiendo con el embargo y venta de bienes la suerte de una familia, que no podía pagarle, y la responsabilidad tan grande que contraía para ante Dios, si por satisfacer su ambición la condenaba á la miseria; y aquel usurero, que era el terror de sus deudores, no solo redujo el interés y dividió la deuda en plazos largos, para que el labrador pudiera pagarle desahogadamente, sino que desde aquel día convirtió en caridad todo lo que hasta entonces había sido en él ambición y usura.

Un marido muy laborioso y de muy buenas costumbres no hallaba medio para contener la disipación y otras faltas de su mujer, y poseído del disgusto que es natural en un padre que prevé un triste porvenir para sus hijos, acudió á un virtuoso sacerdote, y le manifestó las circunstancias en que se hallaba,



suplicándole su mediación para salir de ellas. El buen sacerdote dirigió una atenta carta á la esposa, que era una señora de las llamadas de gran tono, citándola al confesonario de una iglesia que frecuentaba, para hablarla de un asunto que la interesaba mucho.

A la hora designada compareció la tal señora, se acercó al confesonario, y qué la diría aquel docto y virtuoso sacerdote, que desde aquel día y con admiración de todas sus amigas, fué modelo de recogimiento, de virtudes, de laboriosidad y de respeto á su marido.

¡Cuán distinta sería la suerte de la humanidad, si los encargados de ilustrarla y de atender á sus necesidades se guiaran por los preceptos de la Religión cristiana! Pero, desgraciadamente solo se cuidan de satisfacer su vanidad, de despertar toda clase de ambiciones y de fomentar los placeres mundanales, porque en esto dicen que consiste la civilización y prosperidad de los pueblos, como si no viéramos el desorden, los

disgustos y las desgracias que tantas veces lleva todo esto al seno de las familias, y las perturbaciones tan graves que produce en el orden social.

¿Dónde está la ley que autoriza el vicio, la disipación y los actos de inmoralidad que se reproducen en todas partes? La ley no lo autoriza, lo reprueba, pero los encargados de velar por el bien público y por contener toda clase de excesos, lo toleran, lo consienten y hasta lo aplauden, sin comprender siquiera la enorme responsabilidad que contraen. ¿Y por qué? Por contempORIZAR con el mundo, por falta de carácter, por no haber recibido una buena educación, ó por estar entregados á los mismos desórdenes.

Como antes hemos dicho que cada familia forma una pequeña sociedad, cuyos individuos, según la ley de Dios, tienen deberes que cumplir, si han de conseguir el fin para que han sido criados, confirmando esto mismo reproduciremos las palabras de un célebre es-

critor católico que dice: «Cuide bien  
»cada uno de su pequeño rebaño; ilu-  
»mine su entendimiento con la luz del  
»Evangelio; dirija su corazón por el  
»camino del bien con la persuasión y el  
»ejemplo; persuada y enseñe la virtud  
»con sus virtudes; corrija sus extravíos  
»con el amor y el castigo, y tendre-  
»mos familias de buenas costumbres;  
»y como de estas se forman los pueblos  
»y los reinos, tendremos pueblos y rei-  
»nos de buenas costumbres.

»Esto que suelen olvidar los que go-  
»biernan la multitud, no deben olvidar-  
»lo los padres, los amos y los señores,  
»por ser un deber social. ¡Oh padres de  
»familia, amos y señores, cuánto bien  
»podéis hacer á los hombres, á los pue-  
»blos y á los reinos! ¡Qué premio tan  
»colmado os espera, si cumplís bien con  
»tan preciosos deberes, y qué castigo  
»tan terrible, si no cumplís con ellos!»

---



## PARTE SEGUNDA.

### Historia Sagrada.

---

#### I.

Dios creó en seis días todo cuanto existe: en el primero la luz; el segundo el firmamento, que llamó cielo; el tercero separó las aguas de la tierra y la hizo producir toda especie de plantas; el cuarto el sol, la luna y las estrellas; el quinto los peces y las aves; el sexto los animales de la tierra, y luego creó á Adán, que fué el primer hombre, é infundiéndole un profundo sueño, tomó una de sus costillas y formó á Eva, los colocó en el paraíso, que era un hermoso jardín, rico en toda clase

de productos, y les dijo que podían comer de cuantas frutas había en él, excepto la de un árbol, que les prohibió tocar so pena de muerte, y el séptimo día descansó y contempló su obra.

No gozaron Adán y Eva mucho tiempo de tanta dicha: el demonio, que ya había sido lanzado del cielo, envidioso de la felicidad que disfrutaban, se valió, como instrumento, de una serpiente para tentar á Eva, nuestra primera madre, la cual la hizo creer que, si comía de la fruta del árbol prohibido, poseería la ciencia del bien y del mal, sabría tanto como Dios y no moriría.

Engañada Eva con esas palabras, no sólo comió de la fruta de aquel árbol, sino que sedujo á Adán presentándole una manzana para que comiera de ella, como así lo hizo.

Apenas la habían comido, oyeron la voz del Señor que les llamaba, y acusándoles su conciencia el pecado que habían cometido quebrantando el precepto que les impuso, trataron de ocultarse

avergonzados; mas el Señor se les presentó, maldijo á la serpiente, castigó á Eva diciéndola que pariría con dolor y á estar sujeta al hombre, y á Adán que comería el sustento con el sudor de su rostro, y los echó del paraíso.

El Señor, sin embargo de la ofensa que le habían hecho, faltando á su precepto, no les abandonó por completo: siempre misericordioso, les prometió que de una mujer de su descendencia nacería un Salvador, que destruiría el poder del demonio, y redimiría el género humano de la esclavitud del pecado.

Adán y Eva tuvieron muchos hijos, aunque los historiadores solo hablan de Caín, Abel y Set.

Caín, envidioso de lo agradables que eran al Señor los sacrificios de Abel, mató á éste, y horrorizado de tan horrible crimen, huyó y anduvo errante largo tiempo por la tierra. Fué padre de una raza perversa, y, por no arrepentirse de su pecado, murió en la desesperación.

A la muerte de Adán, después de haber hecho penitencia por espacio de más de nuevecientos años, le sucedió en calidad de Patriarca su tercer hijo Set, cuyos descendientes merecieron el nombre de hijos de Dios por haber permanecido largo tiempo fieles al Señor: los de Caín fueron llamados hijos del hombre porque eran muy malos, tanto que con las alianzas que contrajeron con los descendientes de Set, consiguieron corromper las dos descendencias.

Fué tanta la corrupción y los crímenes que las dos descendencias cometieron, que el Señor resolvió exterminar la raza humana, y no hallando otro justo que á Noé, le mandó construir una arca, diciéndole las dimensiones que había de tener.

Cien años tardó Noé en construirla, y en este intermedio no cesaba de exhortar á los hombres al arrepentimiento y á la penitencia; y, ya construída, le mandó entrar en ella con su familia,



que se componía de ocho personas, y con una pareja de animales de todas las especies.

Cuando ya estaban dentro, principió á llover por espacio de cuarenta días y cuarenta noches; el mar se desbordó por todas partes, y la inundación fué tan grande, que las aguas se elevaron más de cincuenta pies sobre las montañas más altas. Cuando las aguas iban descendiendo, el arca se detuvo en un monte de la Armenia, llamado Ararat, y luego que la tierra quedó en seco, salió de ella Noé con toda su familia y todos los animales.

Después del diluvio, que fué 2.348 años antes de la venida de Jesucristo, Noé ofreció un sacrificio al Señor por haberles libertado de la muerte, y su descendencia se fué extendiendo después por todo el mundo. La familia de su hijo Can se fué al Egipto, á la Arabia y á la Palestina, la de Jafet se extendió por el Asia y algunos países de Europa, y la de Sen, que era el patriarca de quien des-

cienden los hebreos y los israelitas, se fué á la Mesopotamia y la Asiria.

## II.

En el transcurso de los siglos, los pueblos que se formaron, olvidando la ley natural en que debían vivir, se entregaron á las pasiones y á todos los vicios, á pesar de los muchos milagros y prodigios que el Señor hacía para demostrarles su poder.

Sólo el pueblo hebreo ó israelita perseveraba en aquella ley; pero, llegó á hacerse tan numeroso, que inspiró serios temores á Faraón, rey de Egipto, el cual, á fin de que no se multiplicase, le impuso los más penosos trabajos, llegando á tal extremo su rigor que mandó fuesen arrojados al río Nilo todos los niños varones que naciesen de las mujeres hebreas.

Mas, como la Providencia vela siempre por el justo y por el inocente, hé aquí

el medio de que se valió para librar al pueblo hebreo de la esclavitud en que estaba, porque es digno de referirse.

Paseando un día á la orilla del río Nilo la hija de Faraón, vió que sobre las aguas flotaba una barquilla de mimbre, y al ver que en ella reposaba un precioso niño, se dió arte de recogerle, le adoptó y le dió el nombre de Moisés, que quiere decir salvado de las aguas.

Predestinado Moisés por el Señor para libertar al pueblo de Israel de la esclavitud en que le tenían los Faraones, quitó un día la vida á un egipcio que maltrataba á un hebreo, y huyendo de la venganza de Faraón se fué al país de los madianitas.

Ochenta años tenía ya cuando se le apareció el Señor en medio de una llama de una zarza ardiendo, y le ordenó que volviese á Egipto y anunciara á los hebreos que se acercaba el día en que había de tener término la cautividad en que se hallaban, y que se presentase á Faraón y le dijese que el Dios de los

hebreos los llamaba fuera del Egipto.

Presentóse Moisés con su hermano Aarón al rey Faraón, y como éste no hizo aprecio de lo que los dos hermanos le dijeron, el Señor les facultó para que castigasen al país con diferentes calamidades, que son las conocidas con el nombre de plagas de Faraón.

Volviéronse á presentar á él los dos hermanos pidiendo la libertad del pueblo hebreo; y como no se mostró propicio, Aarón tocó con una vara en el río Nilo y se convirtió en sangre por espacio de siete días. Como Faraón continuara inflexible, sin embargo de ese terrible castigo, Aaron volvió á tocar en el río con su vara, y salió una multitud de ranas que inundaron todas las casas. Aterrorizado Faraón, le prometió la libertad de los hebreos, si hacía cesar aquella plaga.

Luego que desaparecieron las ranas, como Faraón se negó á cumplir lo prometido, Aarón volvió á tocar con la vara en el río, y salió un inmenso en-

jambre de moscas y mosquitos que se cebaban en hombres y animales, causando gran mortandad en estos; al día siguiente los hombres y animales que habían huído, aparecieron cubiertos de úlceras y postemas.

Como á pesar de estos y otros castigos Faraón permanecía inflexible, el Señor anunció á Moisés que la última plaga que mandase le obligaría á dejar en libertad al pueblo hebreo, y así sucedió. Al día siguiente, á media noche, el ángel exterminador privó de la vida á todos los hijos primogénitos de los egipcios, y al ver Faraón que el suyo había muerto también, llamó á Moisés y á Aarón y les ordenó que en aquel momento partiesen con los hebreos.

Caminando iban los hebreos ó israelitas por las llanuras del Egipto hacia el desierto en número de más de 600.000, gozosos de haber salido de la cautividad de Faraón, mientras éste, que se hallaba pesaroso de haberles dado libertad, salió en su persecución con un

numeroso ejército: al llegar los primeros á la ribera del mar Rojo se dividieron las aguas para que pasaran; pero al atravesar Faraón con su ejército por medio de ellas, volvieron á unirse, quedando todos sepultados, hombres y caballos.

Luego que los israelitas atravesaron el desierto y llegaron al pié de una montaña llamada el monte Sináí, cuya elevación se hallaba cubierta de una nube densísima, y mientras el pueblo descansaba, Moisés subió á ella, y entonces un formidable trueno, acompañado de grandes relámpagos atemorizó á los israelitas. Fué que el Señor descendió de los cielos para entregar á Moisés la nueva ley, que le dictó y éste escribió por su dedo en dos tablas de piedra, y que contiene los diez mandamientos.

Deseoso Moisés de ser reemplazado por Josué en el gobierno del pueblo, le dió las últimas instrucciones y el libro de la ley que el Señor había dictado, y después de haber recordado al pueblo

los mandamientos, bendijo á las doce tribus de que se componía. Desde la llanura de Moab subió á la montaña de Nebs, y allí le hizo ver el Señor la extensión que ocupaba la tierra de Canaan, prometida á los hijos de Abraham y de Jacob. Moisés murió en el mismo pueblo á la edad de ciento veinte años.

Apenas Josué se encargó del gobierno del pueblo, dispuso la entrada de este en la tierra de promisión, lo cual consiguió, no sin librar algunas batallas para apoderarse de las principales ciudades.

### III.

Hallábanse tiempos después todos los pueblos entregados á la idolatría ó adoración de ídolos ó dioses falsos y á la más ridícula superstición, á excepción de los que habitaban en la Judea, y el Señor, que quinientos años antes había anunciado la venida del Mesías ó Redentor del género humano, hizo que el

arcángel San Gabriel anunciase á Zacarías que su mujer, que era estéril, daría á luz un hijo, que se llamaría Juan y sería el precursor del Mesías. Después se apareció á María, esposa de José, y la anunció que ella sería la madre del Mesías, sin perder su virginidad; y estas dos profecías se cumplieron.

María dió á luz en un establo del pueblo de Belén al que había de redimir al género humano de la esclavitud del pecado, y al nacer en un sitio y de una manera tan pobre, quiso demostrar á los hombres que la verdadera grandeza no consiste en los bienes de fortuna ni en los honores y distinciones de la tierra, sino en la humildad.

El primer anuncio de su nacimiento no se hizo á potentados de la tierra, sino á sencillos pastores. Había en las cercanías de Belén unos pastores que pasaban la noche custodiando sus ganados; de repente un ángel, rodeado de una nube de luz, se presentó á ellos y les dijo: No temáis; pues vengo á trae-



ros una gran nueva, que será de sumo gozo para todo el pueblo, y es que hoy ha nacido en Belén el Salvador del mundo; le encontraréis envuelto en pobres pañales y reclinado en un pesebre; id á adorarle. Al mismo tiempo un numeroso ejército de ángeles alababan al Señor diciendo: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

En seguida aquellos pastores abandonaron sus ganados y fueron á Belén á adorar el recién nacido, y hallaron á María, José y al Niño reclinado en un pesebre, y cuando le vieron comprendieron lo que el ángel les había dicho, y le adoraron.

A los pocos días de nacido le pusieron el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador.

Aquel mismo día se presentó en el firmamento una estrella, que inspiró á los tres reyes del Oriente, llamados Gaspar, Melchor y Baltasar, la idea de que había nacido el Mesías, y guiados por

ella, se dirigieron á Jerusalén para averiguar allí dónde había nacido para adorarle.

Alarmada la soberbia del rey Herodes cuando supo la llegada de los tres viajeros á Jerusalén, porque temía perder su poder, al presentarse á él les exigió que volviesen por allí para decirle dónde estaba el Mesías, con el pretexto de ir él también á adorarle.

Sabiendo los tres magos por los príncipes de los sacerdotes que debía nacer en Belén, se dirigieron allá, y á poco de haber salido de Jerusalén, volvió á aparecérselos la estrella que les había guiado, y llenos de alegría la siguieron hasta que se detuvo sobre la morada del divino Infante. Llenos de fe penetraron en ella, y hallaron á María que tenía en los brazos á su querido hijo, y postrándose ante él con el mayor respeto y reverencia le adoraron y ofrecieron ricos presentes de oro, incienso y mirra; el oro como á Rey, el incienso como á Dios y la mirra como á hombre.

Satisfecha la ansiedad de aquellos ilustres varones, trataron de volver á su tierra por Jerusalén para dar cuenta á Herodes; pero, como Dios les avisase en sueños que no viesen á Herodes, emprendieron su marcha por distinto camino.

Indignado Herodes porque no volvían, mandó matar todos los niños de Belén y sus cercanías, menores de dos años; pero, el Señor libertó de la muerte á su Hijo, advirtiendo á José por medio de un Angel que le trasladase con su Madre al Egipto hasta que muriese Herodes, como así lo hizo, fijándose los tres á su regreso en la ciudad de Nazaret. Y el Evangelio nos dice que Jesús estaba sujeto, como buen Hijo, á María y á José; que, según iba creciendo, crecía en sabiduría y en gracia de Dios y de los hombres, y que á la edad de doce años, habiendo ido con José y con María á la ciudad de Jerusalén con motivo de la Pascua, se quedó en Jerusalén, sin que lo advirtieran sus

padres, que afligidos le hallaron á los tres días en el templo, en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles.

Cuando le vieron, su madre le dijo: ¿Por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo, angustiados, te buscábamos, y él les contestó: *¿Para qué me buscabais? ¿No sabiais que en las cosas que son de mi Padre, me conviene estar?* Mas ellos no comprendieron las palabras que les habló y se volvió con ellos á Nazaret.

Desde entonces hasta los treinta años, en que principió la predicación de la doctrina divina, la Sagrada Escritura solo nos dice que permaneció en compañía de la familia; que pasaba por hijo de un carpintero, y que vivía del trabajo de sus manos en la oscuridad.

#### IV.

Cuando Jesús iba á comenzar la predicación quiso purificarse, y hallándose

Juan el Bautista en la ribera del Jordán predicando la penitencia y bautizando á los que querían prepararse para la venida del Mesías, se presentó á él para que le bautizase; y al verle el Bautista, le dijo: Yo debo ser bautizado por ti y tú vienes á mí? A lo que le contestó Jesús: *Déjame hacer ahora, porque así conviene cumplir toda justicia.* Al ser bautizado, el Señor quiso manifestar quién era á los que allí había, haciendo descender sobre él al Espíritu Santo en figura de paloma, oyéndose al mismo tiempo, una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias. Y San Juan, y todos los que allí estaban, vieron la figura de paloma que descendió del cielo.

Después de haber recibido Jesús el bautismo, se retiró solo al desierto, donde ayunó cuarenta días.

Entre el gran número de discípulos, á quienes después que volvió del desierto explicaba su doctrina, escogió doce, á

los cuales dió el nombre de Apóstoles, que quiere decir enviados, porque eran los que después de su muerte habían de ir á predicar el Evangelio por todo el mundo; y eran Simón Pedro, Andrés, Santiago el mayor, Juan, Santiago el menor, Felipe, Bartolomé, Simón, Judás Tadeo, Mateo, Tomás y Judás Iscariote, que, después de haber hecho traición á Jesús, fué sustituido por Matías.

Después la ocupación de Jesús fué instruir y convertir á los judíos, hablándoles del Mesías anunciado por los Profetas y tan deseado por los Patriarcas, de la penitencia, de la oración, del perdón de las injurias, del menosprecio de los intereses, etc. Y les hablaba de esto lo mismo en el templo que en el campo y en las sinagogas, que eran las casas en que se reunían los judíos para orar y oír la doctrina de sus sacerdotes.

Cuando les hablaba, se valía de parábolas como la del hijo pródigo, la del rico avariento, la del labrador, cuando

siembra, y otras muchas que se refieren en los libros santos, y hacía además muchos milagros, como la conversión del agua en vino en las bodas de Caná, la resurrección de Lázaro, haber dado vista á ciegos de nacimiento, la curación de leprosos, el haber dado de comer con cinco panes y dos peces á más de cinco mil personas que le seguían, y muchísimos más que aquí no se refieren porque con frecuencia los explican los sacerdotes en los templos. Sin embargo, debe referirse el primer milagro que hizo, porque viene á demostrar cuánto pueden alcanzar del Señor los que le invocan en las necesidades y amarguras de la vida, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen.

Celebrábanse en Caná unas bodas, á las cuales fueron invitados Jesús y su Madre: ignórase quiénes eran los desposados, pero tendrían relaciones de parentesco ó amistad, porque Jesús no asistía á esa clase de reuniones.

Sentados á la mesa, reinaba la mayor

alegría y regocijo; mas un incidente vino á turbar á los desposados: creían haber hecho suficiente acopio de vino, pero este faltó á lo mejor del festín. María, que se hallaba al lado de su divino Hijo, advirtió la falta y quiso evitar el rubor que había de causar á los desposados. ¿Y cómo remediarla? Conocía el poder de su Hijo, y dirigiéndose á Él le dijo: No tienen vino. A lo cual la contestó Jesús: *Mujer, ¿qué nos va á mí y á ti? Aún no es llegada mi hora.* Mas la Madre, lejos de intimidarse al oír tales palabras, dijo á los que servían: Haced cuanto Él os dijere. Había allí seis hidras ó tinajas de piedra, en cada una de las cuales cabrían dos ó tres cántaros, y Jesús les dijo: *Llenad de agua las hidras;* y las llenaron: Jesús añadió: *Sacad ahora y llevad al maestresala,* y lo llevaron. Luego que el maestresala gustó aquel vino tan superior, y no sabía de dónde era, aunque los que servían lo sabían, llamó al esposo y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino, y



después que han bebido bien, les da el que no es tan bueno.

Este fué el primer milagro que hizo, teniendo María la gloria de que le hubiese hecho á su ruego. Todos se admiraron; pero María fué la que menos admiración demostró, porque sabía el poder de su Hijo.

## V.

Seis días antes de la festividad de la Pascua, que celebraban los judíos el 14 de Marzo en conmemoración de la salida de Egipto, estaba Jesús en Bethania, y dirigiéndose con sus discípulos á Jerusalén, dijo á dos de estos: *Id á esa aldea que está frente de vosotros, y veréis una asna con su pollino, desatadla y traedla, y si alguien os dijere algo respondedle: La necesita el Señor.* Trajeron la asna con su pollino, la pusieron encima los vestidos, el Señor montó en ella y se dirigieron á Jerusalén.

Habiendo sabido el pueblo que venía Jesús, cogieron palmas y ramos de olivo y salieron á recibirle; otros á su entrada tendían sus vestiduras por el camino para que pasase, y los muchachos gritaban en alta voz: Salud al hijo de David. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna, gloria á Dios en las alturas. Hijo de David, ten misericordia de nosotros. Ese día le celebra la Iglesia con el nombre de Domingo de ramos.

Envidiosos los enemigos de Jesús de la entrada triunfante que había tenido en Jerusalén, tomaron la resolución de hacerle morir, y buscando ocasión para apoderarse de Él de modo que el pueblo no se amotinase, se les presentó el Apóstol Judas Iscariote, diciendo que les entregaría á Jesús, si le daban los treinta dineros ó monedas de plata, que les exigía, y así lo convinieron.

Era el jueves de aquella semana, día en que principiaba á celebrarse la Pascua, y los discípulos preguntaron á Je-

sús dónde quería que dispusieran la cena, y Jesús les contestó: *Id á la ciudad en casa de la persona que le designó, y dadle este recado: El Maestro dice, mi tiempo se acerca: voy á celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos.* Y haciéndolo así prepararon todo lo necesario, según la costumbre.

Preparada la mesa en que habían de cenar, el Señor, quitándose sus vestiduras exteriores, tomó un paño ó toalla, se ciñó con ella, echó agua en una jofaina y empezó á lavar los piés de sus discípulos y á limpiarles con el paño: al acercarse á Simón Pedro éste le dijo: ¿Tú me lavarás los piés? Y el Señor contestó: *Lo que yo hago no lo sabes ahora, mas lo sabrás después.* Entonces dijo Pedro: No me lavarás los piés, y Jesús le replicó: *Si no te lavara, no tendrás parte conmigo.* Y Pedro le contestó: Señor, no solamente los piés sino las manos y la cabeza. A lo que el Señor replicó: *El que ha sido lavado no necesita sino que le lave los piés, porque está lim-*

*pio, y vosotros estáis limpios, pero no todos.*

Luego que les lavó los piés se volvió á poner sus vestidos, y sentándose á la mesa les dijo: *¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien: si os he lavado los piés, también vosotros debéis lavaros los unos á los otros, y os he dado ejemplo para que así lo hagáis.*

Después de la cena Jesús tomó el pan, le bendijo, le partió y repartió á sus discípulos diciendo: *Tomad y comed: este es mi cuerpo.* Después tomó el cáliz ó vasija que contenía el vino, le bendijo y se le dió á beber diciendo: *Bebed todos de él porque esta es mi sangre, de la nueva alianza que será derramada por vosotros;* con cuyos hechos el Señor instituyó el Sacramento de la Eucaristía.

Cuando estaban todos cenando les dijo: *Uno de vosotros, me hará traición.* Y afligidos, empezaron cada uno á preguntar: *¿Señor, soy yo acaso?* Y él en respuesta les dijo: *El que mete conmigo*

*la mano en el plato, ese es el traidor. En cuanto al Hijo del hombre, Él se marcha, según escrito está ya; pero; ¡hay de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado! ¡Más le valiera no haber nacido!* Y tomando la palabra Judas, dijo: ¿Soy yo, Maestro? Y Jesús le contestó: *Tú lo has dicho.*

Concluída la cena y dicha la oración en acción de gracias, salía Jesús con sus discípulos para el monte de las olivas donde solían ir á orar en un huerto que allí había, y les dijo: *Todos vosotros padeceréis escándalo por ocasión de mí esta noche, y me abandonaréis, por cuanto escrito está: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño; más resucitando iré con vosotros á Galilea.* Y entonces le dijo Pedro: Aun cuando todos se escandalicen por tu causa, yo nunca te abandonaré. A lo que contestó Jesús: *En verdad te digo que esta noche, antes que el gallo cante me negarás tres veces.* A lo que replicó Pedro: Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré.

Dirigiéndose después con sus discípulos al huerto llamado de Getsemaní, y luego que entraron en él, les dijo: *Sentaos vosotros aquí mientras yo voy allí y hago oración.* Y llevando consigo á Juan, Pedro y Santiago empezó á entristecerse y les dijo: *Triste está mi alma hasta la muerte: esperad aquí y velad conmigo.* Y adelantándose algunos pasos se postró en tierra y, caído sobre su rostro, hizo oración y exclamó: *Padre mio, si es posible, pase este cáliz de mí, mas no como yo quiera, sino como Tú.* Y volviendo donde sus discípulos y hallándolos dormidos, dijo á Pedro: *Así no habéis podido velar una hora conmigo: velad y orad para que no caigáis en tentación: el espíritu, en verdad, pronto está, mas la carne débil.*

Volvió segunda vez y oró diciendo: *Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase su voluntad.* Y dirigiéndose donde sus discípulos, y al verlos también dormidos, se fué á orar por tercera vez repitiendo las mis-

mas palabras ó exclamaciones: *Padre mio...*

Poco después volvió donde sus discípulos y les dijo: *Dormid ya y reposad: ved aquí llegada la hora en que el Hijo del Hombre será entregado en manos de los pecadores: levantaos, vamos de aquí: ved que ha llegado el que me entregará.*

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando llegó Judas acompañado de una multitud de soldados y personas armadas con espadas y palos, que traían también linternas, porque era de noche. El traidor Judas les había dicho que aquel á quien él besase, ese es Jesús, prendedle y llevadle con cuidado.

Cuando llegó Judas se acercó á Jesús y le dijo: Maestro, Dios te guarde, y le besó, y dirigiéndose á él Jesús le dice: *Amigo, ¿á qué has venido?* Y á la turba: *¿A quien buscáis?* Y le contestaron: *A Jesús Nazareno.* Y al decirles Jesús *Yo soy*, volvieron atrás y cayeron á tierra. Mas, como estaban aturdidos y sin saber

lo que hacían, les volvió á preguntar: *¿A quién buscáis?* Y al repetir ellos á Jesús Nazareno, les replicó: *Ya os he dicho que yo soy.*

Indignados los discípulos al ver que le prendían, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? Y Simón Pedro, sin esperar la respuesta, sacó la suya é hirió á un siervo del pontífice llamado Malco, al que cortó una oreja; y Jesús, tomando la palabra, dijo: *Dejad hasta aquí,* y tocando la oreja á Malco le sanó y dijo á Pedro: *Vuelve tu espada á la vaina, porque los que hieren con la espada con la espada morirán. ¿Piensas que no puedo acudir á mi Padre y pondría á mi disposición doce legiones de ángeles? Mas si yo hago uso de mi poder, ¿cómo se han de cumplir las escrituras, según las cuales así conviene que suceda?* Y volviéndose hacia aquellas turbas, á los sacerdotes y magistrados que allí habían venido, les dijo: *Como á ladrón habéis salido á prenderme con espadas y con palos; cada día estaba sentado con vosotros en el*



*templo enseñando y no me prendisteis; verdad es que todo esto ha sucedido para que se cumplan las escrituras.*

Al ver los discípulos que prendían al Señor, le abandonaron y huyeron; y cuando los judíos le llevaban á casa de Anás, suegro de Caifás, que en aquel año era sumo pontífice, y el que había dado el consejo á los judíos de que convenía que un hombre muriese por el pueblo, Anás le dijo que quería escuchar de sus labios la explicación de su doctrina, á lo que Jesús contestó: *Yo manifiestamente he hablado al mundo en el templo y en la sinagoga y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que me han oído: estos saben lo que yo he dicho.*

Como las palabras de Jesús no agradaron, uno de los ministros que allí estaban le dió una bofetada diciendo: *¿Así respondes al pontífice? Y Jesús le contestó: Si he hablado mal, dime en qué, y sino, ¿por qué me hieres?* Entonces dispuso Anás que fuera conducido á la

presencia de Caifás, que ya había reunido el concilio y le esperaba.

Pedro y Juan seguían á su Maestro llenos de miedo, y cuando todos llegaban á casa de Caifás ó al Pretorio, Juan pudo penetrar dentro, porque era conocido de los sirvientes, y Pedro se detuvo á la puerta hasta que Juan le facilitó la entrada en el atrio.

Reunido el concilio, los príncipes de los sacerdotes buscaban algún falso testimonio para condenar á muerte á Jesús; y como de las declaraciones de los muchos testigos que se habían buscado nada resultaba contra él, no podían condenarle; pero, al fin, llegaron dos testigos falsos que declararon haberle oído decir: *Yo puedo derribar el templo de Dios y reedificarle en tres días.* Entonces Caifás se puso en pie y le dijo: ¿No respondes nada á lo que esos testigos declaran contra ti? Como Jesús callara, le vuelve á preguntar: ¿Eres tú el Cristo, el hijo del Dios bendito? Te conjuro por el Dios vivo para que nos lo

digas. Entonces Jesús con voz majestuosa contestó al pontífice: *Yo soy, tú lo has dicho*; y dirigiéndose á todos los que allí había, añadió: *Y aún os digo que veréis dentro de poco al Hijo del hombre sentado á la diestra del Dios omnipotente venir en las nubes del cielo*. Al oír esto Caifás, enfurecido, rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado: ¿qué necesidad tenemos de testigos? ¿No habéis oído? ¿Qué os parece de esto que ha dicho? Y todo el concilio prorrumpió en voces desentonadas, diciendo: reo de muerte.

Al oír esto, el concilio se levantó acordando reunirse al amanecer, y mandando que Jesús fuese entregado á los guardias para que lo custodiasen, los cuales se burlaban de él, y vendándole los ojos le herían en el rostro y le maltrataban diciéndole: Adivina quién te dió.

Mientras ocurría todo esto Pedro estaba con los soldados y criados del pontífice en el atrio hablando del suceso, y acercándose á él una criada, le dijo:

También tú estabas con Jesús Nazareno. Y él lo negó, diciendo: Mujer, no le conozco ni sé lo que me dices. Y fijándose más en él, le volvió á decir: Tú estabas con Jesús Nazareno; y lo volvió á negar diciendo que no conocía á tal hombre. Mas, entre las personas que allí había, estaba un pariente de Malco, á quien había herido con la espada en la oreja, y le dijo: ¿No te vi yo con él en el huerto? Tu modo de hablar del Galileo te descubre. Y entonces empezó á echar imprecaciones y á jurar que no conocía á tal hombre.

A pocos momentos de esto cantó un gallo, y al ver Pedro que el Señor le dirigió una mirada, recordó que le había dicho que antes que el gallo cantara le había de negar tres veces; y saliéndose fuera principió á llorar amargamente su culpa.

A la venida de la mañana los príncipes de los sacerdotes y los asesinos volvieron á reunirse en concilio y declararon á Jesús reo de muerte, mandando

le llevaran á Poncio Pilato, que era el Gobernador.

Viendo Judas todo esto y arrepentido de la traición que había hecho, trató de entregar los treinta dineros á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos; y como no se los quisieron recibir, los tiró en el suelo diciendo: Pequé entregando la sangre de ese justo. A lo que le contestaron: ¿Á nosotros que nos importa? Allá te las hayas. Y desesperado por los remordimientos de su conciencia, se fué, y poniéndose un lazo al cuello se ahorcó de un árbol.

Reunidos en el Pretorio los ancianos, los sacerdotes y los escribas, á la llegada de Jesús con los que le conducían, salió Pilato al balcón y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Y le contestaron: Si no fuera un malhechor no le hubiéramos traído, á lo que les replicó: Tomadle allá vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le contestaron: No nos es lícito á nosotros matar á nadie. Entonces Pila-

to, que ya conocía el odio y la envidia que movía la persecución de Jesús, entró dentro, llamó á Jesús y le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Y Jesús le contestó: *¿Dices tú esto de mí, ó te lo ha dicho otro?* Y replicó Pilato: Siendo yo romano, ¿crees tú que me ocuparé tanto del Cristo y del rey de los judíos? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos, ¿qué has hecho? Y respondió Jesús: *Mi reino no es de este mundo: si de este mundo fuera, mis ministros se pelearían para que no fuera entregado á los judíos; pero, mi reino no es de aquí.* Entonces Pilato le dijo: ¿Luego tú eres rey? Á lo que Jesús respondió: *Tú dices que soy rey: yo para rey nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de verdad, y todo aquél que es de la verdad escucha mi voz.* Sorprendido Pilato, le preguntó: ¿Qué es verdad? Pero, tan aturdido estaba y tan convencido de la inocencia de Jesús, que sin esperar su respuesta, le presentó á los judíos y á los príncipes de los sacerdotes, y les

dijo: Yo no hallo en él culpa alguna, y no sé qué os mueve á pedir la muerte de este hombre: yo le he examinado y no le hallo culpable de los delitos de que le acusáis. Entonces los judíos al oír esto empezaron á gritar diciendo: Tú no conoces á ese hombre como nosotros: es un malvado, que con la doctrina que expone, tiene alborotado á todo el pueblo desde Galilea hasta aquí.

Como nombraron á Galilea, Pilato se aprovechó de esto para desentenderse del asunto, diciéndoles: Pues, si es galileo, llevadle á Herodes, que á la sazón se halla en Jerusalén, porque es de su jurisdicción.

Entre tanto que Jesús era conducido á la presencia de Herodes, hijo del otro Herodes, Claudia Procle, mujer de Pilato, mandó á decir á este que no se mezclase en las cosas de aquel justo, porque eran muchas las congojas y angustias que aquella noche habia padecido en sueños por su causa.

Avisado Herodes por Pilato, y de-

seando ver y hablar con Jesús por lo mucho que había oído hablar de él y de los muchos milagros que hacía, así que le fué presentado le habló de este modo: He oído hablar de los prodigios que haces; pero, ya que el gobernador te envía para que te juzgue, ¿qué dices? ¿Qué respondes á las acusaciones que te hacen? Ahora puedes defenderte. Me han dicho que haces muchos milagros: haz uno en mi presencia, y te libraré de la muerte. Como Jesús no contestaba á esas ni á otras preguntas que le hizo, Herodes, creyéndose muy desairado, se irritó sobremanera; pero, no atreviéndose á sentenciarle á muerte, discurrió decir que Pilato le había mandado un hombre imbécil, y escarneciéndole y haciéndole que le despreciasen, le mandó poner una túnica blanca, y que se llevase á Pilato.

Pilato, que no había cambiado de opinión respecto á la inocencia de Jesús, cuando se le presentaron, le interrogó breves momentos, y dirigiéndose



á la asamblea, les habló de esta manera: Vosotros acusáis á este hombre de sedicioso, y exigís de mí que le sentencie á muerte; yo le he examinado; le he hecho varias preguntas, y no encuentro en él culpa alguna. Le he enviado á Herodes, y tampoco le ha encontrado digno de muerte. Yo no puedo condenarle; lo que puedo mandar es que sea castigado, y después darle libertad.

Era costumbre entre los judíos, por razón de la Pascua, dar libertad á un preso á elección del pueblo, y Pilato, deseoso de salvar á Jesús, aprovechando la oportunidad de haber en la cárcel un ladrón muy famoso llamado Barrabás, se dirigió á los judíos preguntándoles á quien querían poner en libertad, si á Barrabás ó á Jesús; vuélveles á hacer esta misma pregunta, y contestaron que á Barrabás. Les pregunta qué ha de hacer de Jesús, y le contestaron que fuera crucificado; y replicándoles que qué mal había hecho, princi-

piaron á alborotarse y á decir que Jesús había usurpado el título de rey; que no sería amigo del César, si le ponía en libertad, y que le mandase crucificar.

Sorprendido Pilato al oír la resolución del pueblo, tomó consejo de los que le rodeaban; pero, como el pueblo no cesaba de gritar diciendo que fuera crucificado, y nada podía hacer, mandó traer agua, lavó sus manos en presencia de todos, mandó conducir á Jesús ante su presencia, y presentándole á los judíos, les dijo: Inocente soy de la sangre de este justo; allá os lo veais vosotros. A lo que contestaron: Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros descendientes.

En vista de esto, Pilato, cediendo á los impulsos de su conciencia, le mandó azotar, para ver si con esto se daban por satisfechos.

La orden de Pilato fué llevada á efecto inmediatamente: los soldados ó archeros condujeron á Jesús al atrio, le

desnudaron de sus vestiduras, le ataron fuertemente á una columna y principiaron á darle azotes con varas ó látigos con gran crueldad, y por espacio de casi una hora; y al ser desatado cayó en el suelo y su cuerpo, de tantos golpes como le habían dado, era todo una llaga.

No satisfechos con esto inventaron una escena la más infame é indigna: determinaron hacerle rey de burlas y celebrar su coronación, y al efecto, le sacaron al pórtico del Pretorio, le pusieron un manto de grana, como el que acostumbraban á usar los reyes, entretegieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza y una caña en señal de cetro en la mano derecha, y reuniéndose en su derredor y doblando la rodilla con el mayor escarnio y desprecio, le decían: Dios te salve, rey de los judíos, al mismo tiempo que le escupian y le herían con otra caña en el rostro y le daban de bofetadas.

Creyó Pilato que al verle los judíos en un estado tan lastimoso se moverían á compasión, y haciéndole sacar á una ventana, les dijo: Ved que os le saco fuera para que sepáis que no hallo en él culpa alguna. Pero, llenos de rabia los judíos y los príncipes de los sacerdotes, prorrumpieron en grandes voces diciendo: Muera ese malvado que se llama Hijo de Dios: crucifícale, crucifícale. Y Pilato, irritado contra ellos, les dijo: Tomad, allá vosotros, y crucificadle, porque yo no hallo culpa alguna en él. Y los judíos le respondieron: Nosotros tenemos ley, y según ella debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.

Luchando Pilato con su conciencia y recordando tal vez el aviso de su mujer, volvió á entrar en el Pretorio y dijo á Jesús: ¿De dónde eres? Y Jesús no contestó, y entonces añadió: ¿No me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para darte libertad? A lo que Jesús contestó: *No tuvieras potestad alguna sobre mí, si no te hubiese sido*

*concedida de lo alto, y por tanto, el que me entregó á tus manos cometió mayor pecado.* En esto los pontífices formaron un gran alboroto y le dijeron: Nosotros no consentiremos la libertad de ese hombre; si tratas de ponerle libre, eres un mal servidor del César; ese hombre se ha declarado Rey de los judíos y debemorir.

Sacó Pilato otra vez fuera á Jesús y les dijo: ved aquí vuestro Rey... Y ellos gritaron: Quita, quita, crucifícale. Díceles Pilato: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Y contestaron: No tenemos otro Rey sino al César.

Temeroso Pilato de enemistarse con el César y con el pueblo, hizo terminar el proceso que se escribía, y dictó sentencia condenando á Jesús á morir en una cruz, y mandando que fuese conducido por las calles públicas de Jerusalén, amarrado y azotado, vestido de púrpura, con la propia cruz á cuestas y coronado de espinas y que se llevase con él dos ladrones que habían de sufrir igual muerte.

Apenas pronunciada la sentencia, los soldados ó archeros se apresuraron á ejecutarla; y al efecto, le quitaron el manto, le pusieron sus ropas y colocando la cruz sobre sus hombros, se dirigieron al monte llamado Calvario y en hebreo Gólgota. Dicen los historiadores que el madero de la cruz tenía quince piés de largo y el que le atravesaba ocho.

Delante de Jesús iban los dos ladrones que habían sido condenados á muerte; la voz de los pregoneros resonaba publicando la sentencia, y si bien muchos de los que iban en la comitiva le insultaban y golpeaban, otros lloraban.

Al llegar junto á una piedra que había en el tránsito, Jesús, agobiado por el enorme peso de la cruz, cayó al suelo. Entonces los verdugos, dirigiéndole mayores insultos y maltratándole, le mandaron que se levantase; y como no podía por el cansancio y falta de fuerzas que estaba, les extendió la mano para que le ayudasen, y los fariseos así se lo mandaron á los verdugos.

Al llegar la comitiva á la puerta que llamaban Judiciaria, Jesús, más fatigado, cayó por segunda vez en el suelo, y conociendo los fariseos que en aquel estado no podía subir la cuesta del Calvario, obligaron á un hombre de Cirene, que á la sazón pasaba por allí, llamado Simón, á que le ayudase á llevar la cruz.

Poco habían andado después cuando Serafia, conocida con el nombre de la Verónica, atravesando valerosamente por medio de la muchedumbre, salió al encuentro de Jesús, llevando en la mano un paño á manera de tohalla, llamado entre los judíos sudario, y un vaso lleno de vino aromático, y postrándose ante Él logró que tomase en sus manos el lienzo, con el cual se limpió el sudor y la sangre de su divino rostro, premiando la piedad de aquella mujer dejando estampada en él la imagen de su rostro. Mas, no la permitieron que le diese el vaso de vino y trataron de alejarla diciéndola los mayores improperios.

Continuando aquella fúnebre procesión, como los archeros tirasen violentamente de los cordeles con que iba atado Jesús, le hicieron caer en tierra por tercera vez; y como no todos los que iban en medio de aquella muchedumbre habían olvidado los grandes beneficios que les había dispensado, había muchos que sentían la crueldad con que se le trataba, entre los que se encontraban algunas mujeres israelitas que iban llorando y dando voces de dolor. Y volviéndose el Señor á ellas las dijo: *Hijas de Israel, no lloréis por mí, antes llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque vendrán días en que dirán á los montes: Caed sobre nosotros, y á los collados: Cubridnos; pues si al árbol verde así se le trata, en el seco ¿qué se hará?*

Al fin, en medio de tantos trabajos y angustias, subió Jesús al Gólgota, en que, según una antigua tradición, está sepultado Adán; y si esto es cierto, como aseguran algunos santos padres, vemos brillar en ello el orden de la Providen-



cia, queriendo que el Redentor redimiese al género humano en el mismo lugar en que fué ejecutada la sentencia de muerte del primer pecador.

Pocas noticias se hallan en los libros santos al referir la cruel escena de la crucifixión del Señor; pero, según ellos, cuando llegaron al Gólgota le dieron á beber vino con mirra y con miel, y habiéndolo probado, no lo quiso beber; luego le desnudaron de sus ropas, que estaban pegadas al cuerpo con la sangre de las muchas heridas, y le mandaron colocarse sobre la cruz, que era de madera tosca ó sin labrar. Deseoso Jesús de consumir la redención, se colocó de espaldas sobre la cruz, extendió sus brazos y sus pies, quedando á merced de los verdugos, que se dieron gran prisa á crucificarle, y en seguida resonaron en el aire los golpes del martillo sobre los clavos, que atravesaban sus manos y sus pies.

Como el Señor sufría una fuerte contracción en sus miembros, los verdugos

ataron unas cuerdas á sus piernas y tiraban de ellas hasta hacerlas llegar donde debían ser clavados los pies, y eran tantos los dolores que el Señor sufría, que exclamó: *¡Dios mío, Dios mío!* En tanto que esto hacían los verdugos, y los soldados repartieron sus vestiduras, menos la túnica, que por ser de una pieza la echaron á suertes.

Después clavaron en la parte alta de la cruz una tabla con la inscripción que había redactado Pilato en tres lenguas, la griega, la hebrea y la latina para que fuese comprendida por todos, y que dice: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*. Después elevaron la cruz, metiendo un extremo de ella en la tierra para que se sostuviera en pie, y al mismo tiempo crucificaron á los dos ladrones, llamados Dimas y Gestas, colocando al primero á la derecha del Señor, y al segundo á la izquierda: eran las tres de la tarde. Durante la larga y terrible agonía, Jesús solo pronunció las siguientes siete palabras:

1.<sup>a</sup> *Padre, perdónadles, que no saben lo que se hacen.* Así pidió perdón para los mismos que le crucificaron.

2.<sup>a</sup> *En verdad te digo que hoy serás conmigo en el Paraíso.* Se lo dijo á Dimas porque, reconociendo que era el Mesías, se arrepintió de sus culpas, y volviendo la vista á Jesús, le dijo: Acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

3.<sup>a</sup> *Mujer, hé ahí á tu hijo. Hé ahí á tu madre.* Estas palabras se las dirigió á su madre y á su discípulo amado San Juan, que, afligidos, estaban cerca de la cruz.

4.<sup>a</sup> *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Cuando dijo estas palabras ya llevaba tres horas en la cruz.

5.<sup>a</sup> *Sed tengo.* Entonces los que allí estaban ataron una esponja á la punta de una caña, la empaparon en vinagre y se la aplicaron á la boca.

6.<sup>a</sup> *Todo está consumado.*

7.<sup>a</sup> *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Y en aquel momento espiró.

La naturaleza entera no podía menos de dar testimonio de dolor por la muerte del Autor de su vida: el sol se oscureció; la tierra tembló; el velo del templo se rasgó de arriba á abajo; las piedras chocaban unas con otras y se partían; los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de los santos que había en ellos resucitaron y fueron á la ciudad santa y se presentaron á muchas personas.

A pesar de tantos prodigios los pérfidos pontífices de la Sinagoga permanecieron endurecidos; mas, el centurión encargado de presidir la ejecución de la sentencia, se sobrecogió de temor, y al oír las últimas palabras del Señor y ver todo lo que había presenciado, exclamó: Verdaderamente era éste el Hijo de Dios, y lo mismo sintieron los soldados, creyendo que la muerte de Jesús había sido un crimen horrible.

Poco á poco se fueron retirando las gentes que habían concurrido á presenciar aquel terrible espectáculo: tan solo quedaron allí la Madre del Redentor,

María Cleofas, madre de Santiago el menor, María Salomé, madre de Santiago el mayor y de San Juan, María Magdalena y alguno de los discípulos. ¿Quién podrá describir la pena y los dolores de aquella Santísima Madre viendo las crueldades que se habían cometido con su amantísimo Hijo desde que fué entregado por el pérfido Judas hasta que espiró en la cruz? Esto no es posible.

Con el objeto de que no estuviesen los cuerpos en la cruz el gran día de la Pascua, los judíos se presentaron á Pilato para que les permitiera quitarlos de allí, y obtenido ese permiso, al acercarse al de Jesús, uno de ellos, llamado Longinos, le dió un fuerte lanzazo en el costado izquierdo y principió á brotar sangre y agua.

Casi al mismo tiempo que ellos habían solicitado ese permiso, se presentó á Pilato José Arimathea, hombre rico, rogándole le permitiera dar sepultura honrosa al cuerpo de Jesús; y obtenida

esa gracia, el José, acompañado de Nicodemus, que se había hecho discípulo, con la mayor reverencia desclavaron el cadáver y le entregaron á su afligidísima Madre, que al pie de la cruz aguardaba recibirle en sus brazos para estrecharle en su corazón. Esta Madre, más heroica y más resignada que todas las madres, pero sin dejar de sentir, lavó con sus manos el cuerpo de su Hijo, derramando sobre sus heridas bálsamo aromático, que habían llevado aquellos dos piadosos varones. En seguida cubrieron el rostro del Señor con un sudario, envolvieron su cuerpo en una sábana limpia, y le condujeron á un huerto ó jardín inmediato al monte Calvario; le depositaron en un sepulcro nuevo de piedra, que el José había mandado hacer, y después que le cubrieron con una gran losa se volvieron á Jerusalén.

Al día siguiente los príncipes de los sacerdotes y los fariseos se presentaron á Pilato y le dijeron: Señor, nos acordamos que Jesús el impostor, cuando

vivía, dijo que al tercer día de su muerte resucitaría. Manda, pues, que se guarde el sepulcro, no sea que vayan sus discípulos, saquen el cuerpo y se lo lleven, y digan después que resucitó de entre los muertos. Y Pilato les contestó: Guardias tenéis: id y guardarlo como es vuestro deber. Fueron ellos también y para asegurar más el sepulcro, sellaron la losa y pusieron guardias.

Al amanecer del domingo, María Magdalena fué á ver el sepulcro, y antes de llegar á él observó que la losa estaba removida, y corrió á decir á los discípulos que habían quitado al Señor. Ya había resucitado; un Angel, rodeado de una nube de luz la más esplendente, había descendido del Cielo, removi6 la losa, y los guardias asombrados cayeron al suelo como muertos.

Fueron allá Pedro y Juan, y vieron que el cuerpo del Señor no estaba en el sepulcro, y sí solo el lienzo y sudario en que había sido envuelto, y sin saber qué pensar se volvieron á su casa. Pero, Ma-

ría Magdalena se quedó allí, cerca del sepulcro, y estando llorando vió dos Angeles vestidos de blanco, sentados uno á la cabecera y otro á los piés, y la dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Y les contestó: Porque se han llevado á mi Señor y no sé donde le han puesto. Apenas había dicho esto, miró hacia atrás y vió á Jesús que estaba en pie, aunque no le conoció, y la dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Creyendo ella era el hortelano de aquel jardín ó huerto, le contestó: Señor, si tú le has llevado de aquí, dime donde le has puesto y yo le llevaré; y Jesús la dice: *María*. Y vuelta más hacia Él le reconoce y exclamó: ¡Maestro! y yendo hacia Él, como quisiera postrarse á sus piés, Jesús la dijo: *No me toques porque aún no he subido á mi Padre: ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios*. Y María fué á dar á los discípulos la noticia de que había visto al Señor y de lo que la había dicho para ellos.



Al mismo tiempo que ella volvía á Jerusalén, fueron algunos de los guardias á decir á los príncipes de los sacerdotes todo lo que había pasado; y habiéndose reunido estos en consejo con los ancianos, acordaron dar una crecida cantidad de dinero á los guardias para que dijeran que fueron de noche los discípulos de Jesús, y mientras ellos dormían se le llevaron. Pero, esto llegó á hacerse público y estaba desmentido además por la resurrección del Señor y porque, si ellos estaban dormidos, no pudieron ver que los discípulos llevaran el cuerpo del Señor.

Estando reunidos los discípulos en la tarde de aquel día y con las puertas cerradas por temor á los judíos, vino Jesús y poniéndose en medio de ellos les dijo: *Paz á vosotros*; y mostrándoles las manos y el costado se pusieron gozosos de verle, y otra vez les dijo: *Paz á vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío*: y dichas estas palabras sopló sobre ellos y les dijo: *Recibid el*

*Espiritu Santo: id y enseñar á todas las gentes: á los que perdonareis los pecados, perdonados les serán, y á los que se los retuviereis, les serán retenidos, y desapareció.*

Cuando esto sucedió no estaba allí Tomás, y cuando los demás discípulos se lo refirieron, les contestó: Si no viere en sus manos la hendidura en que estaban los clavos y metiere mi dedo en ella y mi mano en el costado, no lo creeré.

Á los ocho días después estaban otra vez reunidos los discípulos y Tomás con ellos, con las puertas también cerradas, y poniéndose Jesús en medio les dijo: *Paz á vosotros;* y después dijo á Tomás presentándole las manos: *Mete aquí tu dedo y da acá la mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel.* Y Tomás conmovido exclamó: Señor mío, Dios mío. Jesús le dijo: *Porque me has visto has creído: bienaventurado los que creyeron y no vieron.*

Habían salido días después algunos de los discípulos á pescar en el mar Ti-

berriades, y al acercarse en la mañana siguiente á la ribera, se presentó Jesús y dijo: *¿Hijos, tenéis algo que comer?* Y como le contestaron que no, les dice: *Echad la red á la derecha del barco, y hallaréis.* Hiciéronlo así, y no podían sacar tantos peces. Entonces el discípulo querido, que era Juan, dijo á Pedro: El Señor es. Saltaron á tierra, vieron brasas puestas y un pez sobre ellas y pan. Y Jesús les dice: *Traed acá los peces que cogisteis.* Después les dice: *Venid, comed;* y sin embargo de que todos comían con Él y sabían que era el Señor, nadie se atrevió á preguntarle.

Luego que hubieron comido, dice Jesús á Simón Pedro: *¿Simón, hijo de Juan, me amas?* Y le contesta: Sí, Señor, tú sabes que te amo. *Apacienta mis corderos.* Vuélvele á hacer la misma pregunta, y le contesta de la misma manera; se la vuelve á hacer, y como hecha por tercer vez no podía menos de afligirle, le contesta: Señor, tú sabes todas las cosas, tú sabes cuánto te amo;

y el Señor le replicó: *Apacienta mis ovejas*. Con lo cual quiso dar á entender que á él le daba toda potestad para regir y gobernar la Iglesia, á los ministros y á los fieles.

En el espacio de cuarenta días el Señor se apareció diferentes veces á sus discípulos, y la última, estando con ellos en el monte Olivete instruyéndoles, abrió las manos y les bendijo, rogando á su eterno Padre por ellos; y mientras les bendecía, se separaba de ellos y principió á elevarse acompañado de espíritus celestes, hasta que se ocultó á su vista, y así entró en el cielo enseñándonos el camino que debemos seguir.

Este milagroso hecho es el que celebra la Iglesia en la festividad de la Ascensión ó subida del Señor á los cielos, y que puso fin á la redención del género humano como había sido anunciado.

Los escritores dividen la historia sagrada en varias épocas, según los gran-

des acontecimientos que se han realizado desde la creación del mundo, dando una idea general de la manera con que la descendencia de nuestros padres Adán y Eva se fué extendiendo por el mundo, de los antiguos patriarcas, de la vida y costumbres de las familias, de los grandes milagros que el Señor hizo y de los terribles castigos que descargó sobre los pueblos que no observaban su ley, y nosotros hemos prescindido de esto porque á los cristianos nos interesa más conocer los principales hechos de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, porque explican más su doctrina.

---



## PARTE TERCERA.

### El santo sacrificio de la Misa.

---

#### I.

La Misa es el gran sacrificio, la oración ó el acto más solemne y más aceptable á Dios, porque en él damos testimonio de que reconocemos el supremo é infinito poder que tiene sobre todas las cosas.

Nuestra madre la Iglesia en cumplimiento del tercer mandamiento de la ley, que escrita en dos tablas entregó el Señor á Moisés en el monte Sináí, y en el que se nos manda santificar las fiestas, ha ordenado el santo sacrificio de la Misa con las ceremonias que tiene, y

en la primera parte de este mandamiento la obligación de asistir á él todos los domingos y días de precepto tanto para sostener viva la doctrina contenida en dicha ley, predicada por Jesucristo, como para que, reunidos los fieles en el templo y recordando en cada ceremonia los hechos y grandes ejemplos que ofrece la vida, pasión y muerte de Jesucristo, avivemos nuestra fe, unamos nuestras voluntades y, estimulándonos unos á otros con nuestro propio ejemplo, elevemos en santa unión nuestras súplicas al Señor.

Hechas estas indicaciones, vamos á explicar el santo sacrificio de la Misa, lo que representa cada una de las ceremonias y las disposiciones con que debemos asistir.

Así como los reyes y potestades de la tierra en los actos públicos y solemnes se ponen los trajes más majestuosos, para manifestar su autoridad é inspirar el respeto que les es debido, y el sacerdote usa en la Misa su especial vestidu-



ra con el mismo objeto, nosotros debemos asistir al templo con la mayor decencia, compostura y humildad, poseídos del amor á nuestros enemigos, olvidados de las injurias recibidas, mortificando nuestra voluntad y resignados con nuestros trabajos; y debemos también unir con el mayor fervor nuestra atención, nuestro pensamiento y nuestras súplicas á todo lo que dice, hace y pide el sacerdote al Señor en nombre de todos los demás fieles, porque así alcanzaremos mayores beneficios.

No cumplen, por lo tanto, con este precepto y pecan voluntariamente los que sin justa causa no asisten al santo sacrificio de la Misa; los que durante él están distraídos, hablando con otros ó pensando en sus negocios, en sus cuidados ó en alguna otra cosa mundana, y los que, sin causa legítima, se están sentados, de pie ó sobre una rodilla durante toda la Misa, y faltan al respeto y compostura debida; las mujeres que van con los trajes, peinados y adornos con

que asisten á los teatros, paseos, bailes y demás reuniones, y los que estorban á otros estar con la devoción que corresponde á la solemnidad del acto.

## II.

El precepto de santificar las fiestas envuelve, como todos los demás, otros, según el estado y circunstancias de la persona, así que los padres y jefes de familia pecan gravemente cuando impiden ó no hacen que sus hijos, criados y personas encomendadas á su cuidado vayan á cumplir con ese precepto, cuando no puedan llevarles en su compañía; y como de unos deberes se derivan otros, de aquí el que los padres tienen el de instruirles en todo lo que á él se refiere. Los hijos, criados y demás están obligados, cuando no vayan con sus padres y señores, á ir al templo que estos les designen y á la hora que les manden, por si pueden vigilarles.

Aun cuando la Iglesia, cumpliendo el tercer mandamiento de la ley de Dios, nos haya impuesto la obligación de oír Misa entera todos los domingos y días festivos, no debemos contentarnos con esto.

Es verdad que el jefe de la familia, la mujer, los hijos y los criados necesitan descansar de las molestias y fatigas de la semana, y atender á los cuidados y compromisos que los negocios, la posición y la sociedad nos imponen; pero, como el día da tiempo para todo, puede aprovecharse parte de él para el descanso y distracciones lícitas, y lo demás para asistir á los oficios ó rezos que se hacen por la tarde en el templo, para la lectura de libros piadosos, visitar enfermos y otras obras de caridad.

El Señor pudo haber creado el mundo en un solo instante con decir: hágase el mundo; pero, lo fué creando y ordenándolo todo en seis días y el séptimo descansó, si puede decirse que el Señor se cansara, y contempló su obra para dar-

nos á entender que los días de trabajo debemos dedicarlos á procurar el sustento del cuerpo y los festivos al del alma, consagrándonos á la oración, á la meditación, al ejercicio de la caridad y á toda clase de obras buenas; es decir, á todo lo que sea enriquecer el alma con el tesoro de la gracia y de la tranquilidad de la conciencia, que es el mayor de todos los bienes que en la tierra se puede disfrutar.

### III.

Expuestas estas breves advertencias y antes de explicar los hechos de la sagrada pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, que se representan en el santo sacrificio de la Misa, vamos á manifestar lo que debe hacerse desde que se entra en el templo, y la significación de las vestiduras del sacerdote, por la semejanza que tienen con los trajes y demás objetos de que los judíos se va-

lieron para mofarse y martirizar al Señor, y por los motivos que ha tenido la Iglesia para que se vista con ellas.

*Al entrar en la iglesia* debemos decir: Entro, Señor, en tu casa y tu santo templo, te adoraré con reverencia y confesaré tu santo nombre.

*Al tomar el agua bendita*, debemos santiguarnos y decir: Por esta agua bendita me sean perdonados todos mis pecados veniales, y me sirva de salud y vida.

Después debemos arrodillarnos lo más cerca posible del Altar, y decir el Señor mío Jesucristo ó el Yo pecador, y rezar las devociones que tengamos por costumbre hasta que salga el sacerdote para el Altar.

El *Amito* ó lienzo blanco que pone al cuello, significa el velo con que los soldados vendaron los ojos á Jesús cuando le hicieron representar el papel de rey de burlas, y dándole bofetadas le decían: Adivina quién te dió.

El *Alba* la túnica blanca que le man-

dó poner Herodes tratándole como loco ó imbécil, porque no hallaba delito en Él para castigarle.

*El Cíngulo* la soga con que los judíos le ataron cuando le prendieron en el huerto de Getsemaní.

*El Manipulo* ó pequeña estola que lleva sujeta al brazo, las cuerdas con que le ataron á la columna para azotarle.

La *Estola* la soga que le echaron al cuello cuando le hicieron cargar con la cruz.

La *Cruz* que hay en ella, la que llevó el Señor sobre sus hombros y en que fué crucificado.

La *Casulla* el manto de púrpura encarnado que le pusieron los soldados en casa de Pilato, al colocar sobre su cabeza la corona de espinas.

El *Cáliz* el sepulcro en que fué depositado el cuerpo del Señor.

La *Patena* la losa de piedra que se puso sobre el sepulcro.

La *Hostia sin consagrar* el pan que

Jesús bendijo en la noche de la cena.

El *Paño que cubre el Cáliz*, que están ocultos los misterios del sacrificio.

Los *Corporales* los paños en que fué envuelto el cuerpo de Jesús.

El *Ara* el monte Calvario.

Las *Velas encendidas* la doctrina ó luz evangélica extendida por todas partes.

El *Templo* la congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza visible es el Papa.

La *Corona del Sacerdote* la de espinas que los judíos pusieron á Jesucristo.

El *Ministro que le ayuda* los Angeles que asistían al Señor.

El *Sacerdote revestido*, llevando delante de su pecho el Cáliz, cuando se dirige al Altar, al mismo Jesucristo cuando fué al huerto de Getsemaní á orar y ofrecerse al Eterno Padre para la redención del género humano, ó que siempre tuvo delante de sus ojos y dentro de su pecho el Cáliz de la Pasión por el deseo de hacer ese sacrificio.

¡Qué ocasión tan propicia la del hom-

bre, cuando asiste al sagrado sacrificio de la Misa, para en unión del sacerdote ofrecerse á Dios, recorriendo su conciencia y pidiendo la gracia que necesite! ¡Quién pudiera elevar su espíritu como los Santos, cuando asistían á tan augusta solemnidad! Pero, al menos, hagamos todo lo posible para estar con la mayor devoción, olvidando los cuidados y afanes de la vida, doliéndonos de nuestras culpas, y prestando toda nuestra atención á cuanto dice y hace el sacerdote.

La Iglesia demuestra sus alegrías, sus tristezas y sus sentimientos en los colores de las vestiduras de sus Ministros y Altares.

El *blanco*, que es el símbolo de la pureza, en las festividades de la Virgen Santísima, Angeles, viudas, confesores, Pascua de Resurrección y fiesta de la Ascensión del Señor, para demostrar sus alegrías.

El *azul* en las de la Purísima Concepción.



El *verde* en las dominicas de Pentecostés.

El *encarnado* en la Pascua de Pentecostés y festividades de los mártires.

El *morado*, que es signo de oración y penitencia, en la cuaresma y Semana Santa, excepto el Viernes Santo, y en el Adviento, que es el tiempo que media desde el cuarto domingo anterior á la Pascua de Navidad hasta esta, para demostrar que debemos prepararnos con la oración y la penitencia para celebrar el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.

El *negro* en los días de difuntos.

#### IV.

Aunque doloroso es decirlo, la inmensa mayoría de las personas, cuando asisten al oficio divino, ó se ocupan durante él en rezar el Rosario y otras devociones, ó se limitan á observar las cere-

monias que hace el Sacerdote, sin darse cuenta de lo que cada una significa, porque desgraciadamente carecen de la instrucción necesaria.

No puede reprobarse los rezos que hacen los que apenas saben otra manera de dar culto al Señor y de pedirle las gracias que necesitan; pero, las personas que sepan cuanto en este libro y en otros se dice acerca de tan augusto sacrificio, pueden conseguir mayores frutos meditando poco á poco sobre cada una de las ceremonias, y pronunciando al mismo tiempo que el Sacerdote las oraciones que este dice en voz más alta; y deben hacerlo así por ser esta la manera de renovar mejor la idea de la Pasión del Señor, y de fortalecer nuestra fe y porque el Rosario y las demás oraciones pueden rezarse todos los días y á cualquiera hora, particularmente por la noche, según acostumbran las familias verdaderamente cristianas; y al efecto vamos á explicar cada una de las ceremonias y oraciones de la Misa.



### Al Introito.

El *Introito* ú oraciones que el Sacerdote dice luego que sube al Altar, significa los vivos deseos con que los Santos Padres y los Patriarcas suspiraban por la venida del Mesías, que con su doctrina, con su ejemplo, pasión y muerte había de redimir al género humano de la esclavitud del pecado. Y ya que vino el Mesías y que derramó su sangre y dió su vida por nosotros, debemos

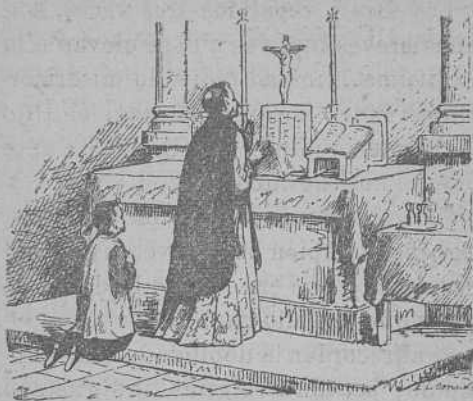
recordarlo en ese acto para dar gracias á Dios por su gran misericordia pensando que sin la luz de la Religión, sin la doctrina de Jesucristo y sin el hecho de la Redención, la humanidad sería esclava del demonio y viviría supeditada al despotismo y á la tiranía de los más fuertes; la mujer y los hijos no disfrutarían de los grandes derechos que tienen dentro de la familia y en la sociedad; el débil, el enfermo, el anciano y el desgraciado carecerían del amparo y de los recursos que la caridad cristiana les proporciona, y no tendríamos derecho al reino de los Cielos. ¿Qué sería de la humanidad, si el Redentor del mundo no hubiera venido á disipar las tinieblas en que se hallaba envuelta, enseñando los derechos y deberes que cada uno tiene, y trazándonos así el camino que debemos seguir?

El *Beso del Sacerdote sobre el Altar* significa el que dió el traidor Judas á Jesús en el huerto de Getsemaní para que los judíos le conociesen y le prendieran.

Los *Kiries*, repetidos tres veces, son unas breves súplicas que se elevan á la Santísima Trinidad pidiendo misericordia al Padre porque nos creó, al Hijo porque nos redimió y al Espíritu Santo porque nos santificó.

Según algunos escritores sagrados, significa también las tres veces que San Pedro negó que era discípulo de Jesús antes que el gallo cantase.

Si al recordar la debilidad de ese discípulo, sentimos alguna indignación hacia él, porque el temor de que los judíos le maltratasen le hizo negar que conocía al Señor, ¿cuánto más debemos avergonzarnos de nosotros mismos recordando los pecados que voluntariamente y sin temor á nadie cometemos con tanta frecuencia?



Al Gloria.

El *Gloria* y las oraciones que siguen significa la alegría que manifestaron los ángeles cuando nació Jesús, y decían: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad, y la adoración de los pastores y de los Reyes Magos.

Aquí debemos pensar que, si aquellos pastores y aquellos Reyes adoraron á Jesús antes de ser redimidos, con mucha más razón debemos adorarle nos-

otros, que ya lo hemos sido, y darle gracias por su infinita misericordia; y podemos decir al mismo tiempo que el Sacerdote, el Gloria en castellano: Gloria á Dios en las alturas. Y en la tierra, paz á los hombres de buena voluntad. Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias por tu grande gloria. Señor Dios Rey de los cielos, Dios Padre Omnipotente, Señor Hijo unigénito de Dios, Jesucristo, Señor Dios, cordero de Dios, Hijo del Padre, Tú que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros. Tú que quitas los pecados del mundo, admite nuestra súplica. Tú que estás sentado á la diestra del Padre, ten misericordia de nosotros. Porque tú eres el solo Santo, tú el solo Señor, tú el solo Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

El *Dominus vobiscum* la mirada que Jesús dirigió á San Pedro estando en el atrio del Pretorio ó casa de Caifás después de haberle negado tres veces.

Al recordar esto debemos pedir al Señor que nos dé su bendita gracia para arrepentirnos de nuestros pecados y perseverar en nuestros buenos propósitos.



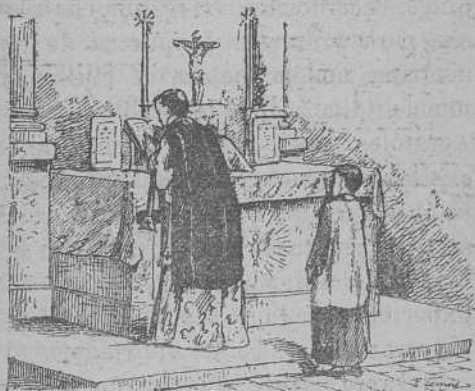
### Á la Epístola.

La *Epístola* significa la predicación de San Juan Bautista, el precursor de Jesucristo, excitando al arrepentimiento y á la penitencia á los que deseaban prepararse para la venida del Mesias, y la que



después de la muerte y Pasión de Jesucristo hicieron los Apóstoles.

Aquí debemos pedir al Señor que nos dé fuerzas para rechazar las malas doctrinas y ejemplos, y para practicar las virtudes que sus Ministros y los libros santos nos enseñan.



Al Evangelio.

El *Evangelio* significa la predicación que hizo Jesucristo de su doctrina divina, y nos ponemos en pié y nos persig-

namos al mismo tiempo que el Sacerdote para demostrar no sólo que la creemos con toda nuestra fe y en lo más íntimo de nuestro corazón, sino que estamos dispuestos á dar nuestra sangre y nuestra vida antes que protestar y renegar de las verdades que contiene.

No importa que no entendamos lo que el Sacerdote lee en ese acto: la Iglesia, para conservar la pureza de esa doctrina, nos da lectura de ella en el mismo idioma que la predicaron los Apóstoles, y esto mismo, además de la explicación que frecuentemente nos dan los ministros del Señor, debe movernos á fortalecer nuestra fe, á practicar las virtudes y á dar gracias al Señor por habernos sacado de las tinieblas y de los errores en que si no viviríamos.

El *Credo* es un resumen de todo lo principal que estamos obligados á creer, y debemos decirle al mismo tiempo que el Sacerdote y con gran fervor, porque en sus palabras se contienen los artículos de nuestra fe, arrodillándonos como

el Sacerdote al pronunciar las palabras *et incarnatus est*, y admirándonos de que una Majestad tan grande como la del Hijo del mismo Dios hubiera tomado naturaleza humana en las purísimas entrañas de María Santísima para redimir al género humano.

Las *gotas de agua* que echa el Sacerdote en el Cáliz con una cucharilla, el agua misteriosa que brotó del costado de Jesucristo cuando después de muerto se le abrió Longinos de un lanzazo.

Al horrorizarnos de la feroz barbarie de Longinos hiriendo y maltratando de esa manera el cuerpo santísimo del Redentor del mundo después de muerto, debemos pedir al Señor, que así penetre su soberana luz en nuestros corazones para nunca ofenderle y consagrarnos siempre á su santo servicio.

Al *Ofertorio* ó cuando el Sacerdote eleva la Hostia sobre la patena y cáliz con el vino sin consagrar, dando gracias al Verbo divino por la voluntad

con que se ofreció á padecer y morir por nosotros, debemos unir más nuestra voluntad á la suya, pidiendo que así como aquella hostia y aquel vino se convertirán en cuerpo y sangre del Señor, nuestras almas, manchadas por el pecado, se transformen volviendo á la vida de la gracia.

El *Lavatorio* como Pilato se lavó las manos y después declaró que Jesús era inocente de toda culpa, y sin embargo, le condenó á morir en una cruz por no disgustar al César y perder su autoridad.

Aquí debemos pedir al Señor nos conceda su gracia para vivir en la inocencia y hacer siempre justicia á los inocentes, y para no dejarnos llevar de las ambiciones humanas, que fueron las que movieron á Pilato á condenar á muerte á Jesús, para no caer en desprestigio del César.

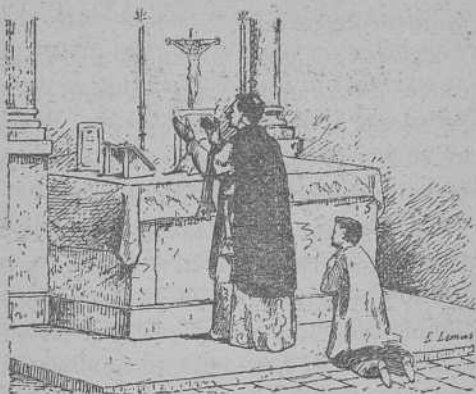
El *Orate Fratres* cuando Jesús, estando orando en el huerto, se levantó y fué donde sus discípulos, y hallándolos dor-

midos les dijo: *Velad y orad para que no caigáis en tentación.*

En esto nos dió á entender el Señor, que el medio mejor para no caer en el pecado es la oración, porque con ella se aviva la fe y se da fuerzas al alma para resistir las tentaciones del demonio.

El *Prefacio* y el *Sanctus* la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalén y el júbilo y alegría con que le festejaba el pueblo diciendo: «Salud, Hijo de David, Bendito sea el que viene en nombre del Señor: Gloria á Dios en las alturas: Hijo de David ten misericordia de nosotros.»

Al decir el Sacerdote el *Sanctus*, debemos acompañarle diciendo tres veces: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.



### Al Canon.

En el *Canon* ó sea en el tiempo que media desde el *Sanctus* hasta la consagración el Sacerdote reza fervorosamente varias oraciones, y suponiendo que los que asistimos á la Misa estamos consagrados interiormente á Dios, y que cada uno de nosotros nos hallamos tan pobres de merecimientos, que necesitamos invocar los de los santos en auxilio nuestro, pone al mismo Dios por testigo

de nuestra fe y devoción; le ofrece los votos que hicimos al recibir el sacramento del bautismo, de guardar fielmente sus mandamientos, de renunciar las pompas y vanidades del mundo y de resistir las tentaciones de Satanás; invoca los méritos de la Virgen Santísima y demás Santos, porque formando parte de la Iglesia ó comunión de los fieles cristianos, pueden aprovecharnos, y pide para él y para todos la paz de Dios, que es la tranquilidad, el gran tesoro de los que le ofrecen su voluntad, porque los que creemos que todo viene dispuesto y ordenado por la mano de Dios, vemos en todo un beneficio que nos dispensa: en la adversidad, porque podemos ofrecerle nuestra resignación, y en la prosperidad, porque debemos darle gracias por los beneficios y satisfacciones que experimentamos.

Si el cristiano estuviera bien penetrado de lo que es tan alto sacrificio y de los grandes beneficios que puede conseguir del Señor, meditando los grandes

misterios que encierra, y uniendo sus súplicas á las que hace el Sacerdote, seguramente asistiría á él y estaría con la mayor devoción, porque nada hay que le interese tanto como el bien de su alma. En este valle de lágrimas todo es perecedero: todo una quimera, un fantasma que desaparece. Sólo es verdad que nacimos; que hemos de morir y que hemos de dar cuenta á Dios de todas nuestras acciones, y de todo lo bueno que hemos dejado de hacer. Por eso nos dice la Religión: Bienaventurados los que despreciando las cosas del mundo ponen su esperanza en el Señor.

La *Consagración de la Hostia* significa cuando Jesús bendijo el pan estando cenando con sus discípulos en celebración de la Pascua.

El Sacerdote, inclinándose, fijando su atención en la Hostia y pronunciando las mismas palabras que Jesús, la convierte en verdadero cuerpo, sangre, alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Luego adora el Santísimo Sa-



cramento bajo la especie de pan, y después lo eleva para que el pueblo también lo adore.



Al elevar la Hostia.

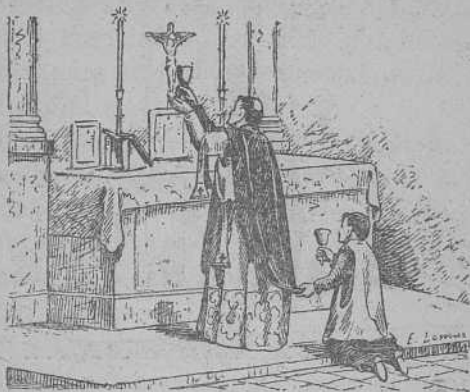
La *Elevación de la Hostia* significa cuando los judíos elevaron la cruz después de haber sido crucificado Jesús en ella.

En este momento debemos decir tres veces: Adorámoste y bendecímoste, preciosísimo cuerpo de Nuestro señor Je-

sucristo, porque en tu santa cruz redimiste al mundo.

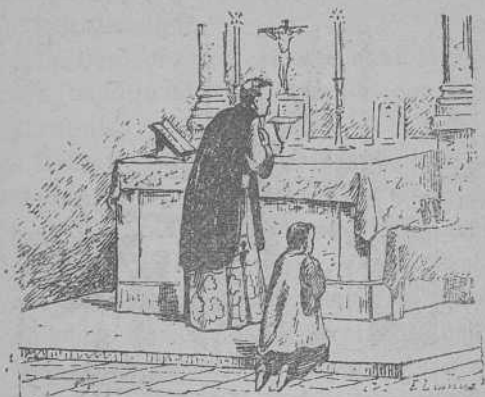
La *Consagración del vino* cuando Jesús bendijo el vino cenando con sus discípulos.

El Sacerdote, inclinándose, y pronunciando en aquellos momentos las mismas palabras que Jesucristo, convierte el vino en sangre, cuerpo, alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Luego adora el Santísimo Sacramento bajo la especie de vino, y después eleva el Cáliz para que el pueblo también le adore.



### Al Elevar el Cáliz.

*Al elevar el Cáliz* debemos decir con la mayor reverencia tres veces: Adorámoste y bendecímoste preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo, porque en la cruz lavaste nuestros pecados.



Al Golpe de pecho.

El *Golpe* que el *Sacerdote* se da en el *pecho*, significa la exclamación que el Centurión encargado de presidir la crucifixión de Jesús y otros que le acompañaban, hicieron diciendo: «En verdad que este era hijo de Dios», cuando en el momento de espirar vieron que se ocultó el sol, que las piedras chocaron unas con otras y que la tierra entera se conmovió,

Debemos recordar esto para demostrar nuestro agradecimiento por el martirio y crueldades que sufrió por nosotros, para abrirnos las puertas de la salvación.

Las *Cinco Cruces*, que hace sobre la Hostia y el Cáliz, las cinco heridas ó llagas que infirieron al Señor en las manos, en los piés y en el costado, cuando le crucificaron y Longinos le dió el lanzazo.

El *Pater Noster qui es in cælis*, etc., las siete palabras que dijo Jesús en las tres horas que duró la cruel agonía que sufrió en la cruz. Entonces debemos decir el Padre Nuestro con el mayor respeto y meditando las súplicas que contiene.

El *Partir la Hostia* que al morir Jesucristo se separó el alma del cuerpo.

El *Pax Domini*, las apariciones de Jesucristo á los apóstoles después de haber resucitado, y que al presentarse entre ellos les decía: *La paz sea con vosotros*.

En estos breves momentos debemos pedir al Señor que, así como se apareció á sus discípulos y les inspiró la paz y unión en que debían vivir, resucite nuestras almas á la vida de la gracia para que merezcamos subir con Él á la patria celestial.

La *Parte de la Hostia* que coloca dentro del Cáliz, que Jesús después de resucitar descendió al Limbo ó seno de Abraham y sacó las almas de los Santos Padres que esperaban el advenimiento del Mesías.

Nosotros no tenemos que esperar ya más que el premio ó castigo de nuestras acciones, y esto debe movernos á sujetar nuestra vida á la ley de Dios, porque después de la muerte no hay remedio. El bueno irá á la Gloria y el malo al infierno á sufrir crueles tormentos por toda la eternidad.

El *Agnus Dei* que Jesucristo concedió á sus discípulos poder para perdonar los pecados de los hombres.

Aquí debemos pedir al Señor que ilu-

mine nuestro entendimiento para conocer nuestras culpas, y nos conceda verdadero dolor para arrepentirnos de ellas y no volver á ofenderle, dándole gracias por haber concedido á sus ministros facultad para perdonarnos y fortalecernos en la fe.

La *Comunion* que hace el Sacerdote tomando la Hostia y apurando después el Cáliz, significa que Jesucristo comió con sus discípulos después de su muerte y antes de su subida á los Cielos.

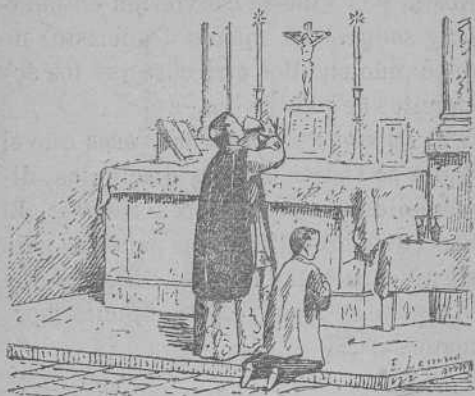
Arrepentidos de nuestras culpas con las meditaciones que hemos hecho durante la Misa, al decir el Sacerdote tres veces: *Domine non sum dignus*, debemos elevar nuestro corazón á Dios, diciendo tres veces con el deseo de comulgar espiritualmente: Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada, mas por tu santa palabra mis pecados me sean perdonados.



Al Consumir.

Al *Tomar la Hostia* diremos tres veces: En vuestras manos encomiendo Señor mi alma y mi espíritu, pues me redimiste, Dios de bondad.





Al apurar el Cáliz.

*Al apurar el Cáliz* debemos decir otras tres veces: Sea entre todas las cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar y la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha ni pecado original desde el primer instante de su sér natural. Amén.

Debemos decir todas estas oraciones,

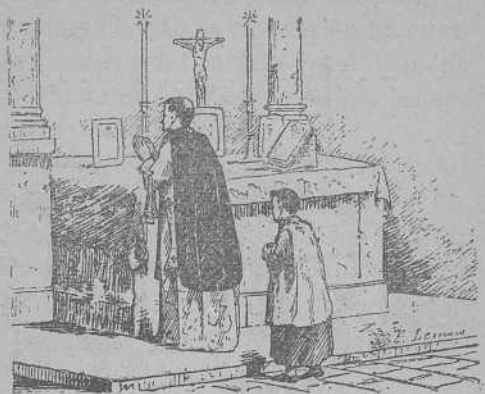
porque después de la consagración, la Hostia y el Vino se convierten en cuerpo y sangre del mismo Jesucristo, no quedando en ellos otra cosa que los accidentes de pan y vino.

El *Dominus vobiscum* las veces que el Señor se apareció á sus discípulos, diciéndoles: *La paz sea con vosotros*. El Sacerdote nos dirige esas palabras para significarnos el deseo del Señor de que vivamos en paz y como buenos hermanos.



### Á la Bendición.

El *Ite Misa est* y la bendición que el Sacerdote nos da, significa que se ha terminado el santo sacrificio de la Misa, y que en nombre del Señor nos da su bendición, que debemos recibir de rodillas, para que perseveremos en la fe y nos consagremos en todo á su santo servicio.



### Al Evangelio último.

El *Evangelio último* significa la predicación que de Jesucristo y de su admirable doctrina hicieron los Apóstoles por todo el mundo después de su muerte y resurrección.

Al salir del templo debemos decir: Aquí os dejo, Señor, mi corazón; dadme á mí y á toda mi familia vuestra santa bendición para que podamos perseverar en vuestra divina gracia.

## PARTE CUARTA.

### Los Sacramentos de la Penitencia y de la Comunión.

---

#### I.

La confesión ó el sacramento de la Penitencia es la manifestación que hacemos al confesor de nuestros pecados, con el firme propósito de la enmienda, para que en nombre de Dios nos los perdone, el medio que tenemos para restituirnos á la vida de la gracia, cuando la hemos perdido, la medicina del alma y del cuerpo enfermos por el pecado.

El Señor, conociendo nuestra flaqueza y nuestra debilidad, y que no tene-

mos la virtud necesaria para perseverar en los buenos propósitos cuando reconocemos nuestras culpas y nos arrepentimos de ellas, concedió á los Apóstoles y á todos sus sucesores la facultad de perdonar los pecados, cuando les dijo: *Así como mi Padre me envía á mí, así yo os envío á vosotros: id y enseñad á todas las gentes: los pecados que perdonareis serán perdonados, y los que retuviereis serán retenidos.*

En todo es admirable el poder y la misericordia del Señor, y si el hombre supiera apreciar el inmenso beneficio que le ha dispensado facilitándole ese medio de volver á la vida de la gracia, seguramente se mostraría más reconocido, se acercaría con más frecuencia al tribunal de la penitencia, y sería más feliz. ¿Qué más ha podido hacer el Señor ofendido, que trasladar á la tierra el tribunal de su justicia, convertirle en tribunal de perdón, y darnos por jueces á nuestros mismos hermanos, que se compadecen de nosotros,

que nos juzgan con caridad, que fortalecen nuestra fe y que nos sentencian con misericordia diciéndonos: Yo te perdono en nombre de Dios: vete en paz y no vuelvas á pecar? ¡Qué poco nos aprovechamos de esto! ¡Olvidados de la muerte, sólo pensamos en los afa-nes de la vida, y cuando queremos volver por nosotros, acaso no nos queda tiempo!

## II.

Dispuesta la persona á recibir el sacramento de la Penitencia, y estando bien enterada en lo principal de la doctrina cristiana, debe hacer examen de su conciencia por el método que luego exponemos, procurando vivir con el mayor recogimiento en los días antes, á fin de fortalecer sus buenos propósitos, y siempre que se ponga á hacer examen debe leer con el mayor fervor la siguiente

*Oración para antes de hacer examen  
de conciencia.*

Señor Dios Todopoderoso, que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, yo os suplico humildemente por la intercesión de la Virgen María, Madre de vuestro Unigénito Hijo, y por las oraciones y méritos de todos los Santos ayudéis mi memoria para que me acuerde de todos mis pecados, ilustréis mi entendimiento para que perfectamente los conozca, encendáis mi voluntad para que por vuestro amor los aborrezca, me déis espíritu de compunción y lágrimas de corazón para que los llore, y con humildad, devoción y claridad me acuse de ellos, y haga dignos frutos de penitencia; y por vuestra infinita misericordia, y por los méritos, pasión y muerte de vuestra Hijo y Señor mío Jesucristo alcance el perdón de todas mis culpas y pecados. Amén.



*Oración para antes de la confesión.*

Señor misericordioso, vengo á Vos como el hijo pródigo, avergonzado de mis culpas á pedirlos perdón, como el pobre al rico, como el enfermo al médico que le ha de dar la salud. Compadeceos de mí, según vuestra misericordia, y curad mis llagas con el precioso bálsamo de vuestra divina gracia. Pésame haberos ofendido tantas veces, me pesa no tener todas las disposiciones necesarias para confesar dignamente mis pecados y arrepentirme de ellos, y me pesa que no me pese más.

Yo prometo firmemente enmendarme de todos ellos y huir de las ocasiones de ofenderos. Dadme, Señor, vuestra divina gracia para que forme un verdadero dolor de todas mis culpas, para que haga una buena confesión, para que persevere en mis propósitos y para que, vuelto á la vida de la gracia, permanezca en

ella hasta la muerte y después os vea y alabe eternamente en la gloria. Amén.

La confesión debe hacerse mandamiento por mandamiento, diciendo con la mayor claridad y sentimiento todos los pecados, su número, delante de qué personas y demás circunstancias.

Al acercarse al confesor debe ponerse de rodillas y decir con el mayor fervor el Yo pecador.

La confesión es sacrilega si el penitente no lleva el propósito firme de corregir sus faltas y sus vicios, de restituir lo hurtado, de apartarse de todas las ocasiones de pecar y de no cumplir todas las obligaciones de su estado.

Al concluir la confesión, y cuando el confesor se lo mande, debe decir con gran fervor el Señor mío Jesucristo.

*Oración para después de la confesión.*

Dios, salvador y justo juez de vivos y muertos, os suplico humildemente os

sea agradable la confesión que he hecho de todas mis culpas y me perdonéis lo que en ella haya omitido por mi fragilidad, poca memoria y poca contrición, pues yo por mi parte he hecho cuanto he podido. Confío en vuestra misericordia y en el amor que me tenéis, que habré quedado perdonado y limpio de toda culpa. Dadme, Señor, vuestra gracia para que nunca os ofenda y para que pueda alabaros aquí y eternamente en vuestra gloria. Amén.

### III.

#### **Sacramento de la Comunión.**

El santísimo sacramento de la Comunión es aquel en que, bajo los accidentes de la sagrada Hostia, recibimos el verdadero cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo para que sea el mantenimiento de nuestras almas y nos aumente la gracia.

Es el Sacramento por excelencia y el origen y centro de todos los Sacramentos, porque contiene al mismo Jesucristo, autor de todos los Sacramentos, y se llama Eucaristía, que quiere decir acción de gracias, porque es la acción más grande que podemos ofrecer á Dios; el Santísimo, porque contiene á Jesucristo, que es la misma santidad; Sacramento del Altar, porque se consagra en el Altar; sagrada Hostia, porque Jesucristo es la Hostia que se ofrece todos los días por la salud del mundo; Pan de los hijos de Dios, porque alimenta á los fieles que son hijos de Dios, y también Pan de Angeles, Santa Mesa, Sagrado Viático, Cena del Señor y Santísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Para recibir dignamente este sacramento, y que sea el sustento de nuestras almas, es necesario estar en gracia de Dios, y esto solo puede conseguirse por medio de la confesión.

*Oración para antes de la comunión.*

Aquí vengo, todopoderoso y eterno Dios, al Sacramento de vuestro unigénito Hijo, mi Señor Jesucristo, como enfermo al médico de la vida, como sucio á la fuente de la misericordia, como ciego á la claridad y como pobre al Señor de los Cielos y de la tierra. Os ruego, por vuestra infinita misericordia, sanéis mi enfermedad, limpiéis mi suciedad, alumbréis mi ceguedad, enriquezcáis mi pobreza y vistáis mi desnudez para que pueda recibir el Pan de los ángeles, al Rey de los Reyes, al Señor de los Señores con tanta reverencia y temor, con tanto dolor y verdadero amor, con tal fe y pureza y con tal propósito y humildad cual corresponde á vuestra divina Majestad, y conviene á la salud y bien de mi alma. Concededme que este unigénito Hijo vuestro, que ahora voy á racibir encubierto en una

Hostia, le vea para siempre y sin velo en vuestra santa Gloria. Amén.

Al decir el Sacerdote *Domine non sum dignus*, se dirá tres veces la oración siguiente:

Señor mío Jesucristo, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada; mas por vuestra santísima palabra mis pecados serán perdonados y mi alma será sana y salva.

En seguida dirá tres veces al recibir la Hostia:

En vuestras manos encomiendo, Señor, mi alma y mi espíritu; redimíste-me, Señor, Dios de la verdad.

Recibido el Santísimo Sacramento, dirá tres veces:

El Señor guarde mi alma y la lleve á la vida eterna.

Después dirá tres veces:

Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original. Amén.

*Oración para después de la comunión.*

Gracias os doy, Señor todopoderoso por haberme admitido á la participación del sacratísimo cuerpo de vuestro unigénito Hijo Jesucristo. Haced que esta sagrada comunión sea purificación completa de mi alma, armadura de mi fe, escudo de mi buena voluntad, muerte de todos mis vicios, destierro de mis apetitos carnales, acrecentamiento de caridad, de paciencia, de humildad y de todas las virtudes, firme defensa contra todos mis enemigos espirituales y corporales, y perpetua unión con Vos mismo para que después de mi muerte pueda disfrutar con Vos de la eterna bienaventuranza por los siglos de los siglos. Amén.

#### IV.

### Modo para hacer el examen.

Como los catecismos de doctrina cristiana ni otros libros que van á manos de los niños en el período de la instrucción primaria, no contienen método alguno para hacer una buena confesión y el método alivia el trabajo y lleva todas las cosas á la perfección posible, transcribimos á este libro el que hay en algunos devocionarios.

Ante todas las cosas, se debe advertir que son sacrílegas y de ningún valor las confesiones, y por consiguiente, deben repetirse cuando ocurre alguno de los siguientes casos:

1.º Cuando no hizo antes el debido examen.

2.º Si no confesó el número, según se acordaba en materia grave ó circunstancia.



3.º Cuando en la primera ó más crecida edad cometió algún pecado deshonesto ó de cualquiera otra especie y no lo confesó por vergüenza, miedo, duda ó malicia.

4.º Si no tuvo dolor ni propósito de la enmienda, ó de satisfacer al prójimo, ó de dejar la ocasión próxima pudiendo.

5.º Cuando dijo mentira de pecado mortal en la confesión.

6.º Cuando busca confesor tal que no le haya de entender.

7.º Cuando estando con alguna censura no la declaró, ó si de industria se hizo absolver de quien no tenía potestad, jurisdicción y ciencia para ello.

### *Primer mandamiento.*

Ver si en las confesiones pasadas ha callado advertidamente algún pecado, ó si en las penitencias ó comunión ha habido alguna falta.

Si ha dicho blasfemias contra Dios y sus santos.

Si ha tenido queja ó impaciencia contra Dios juzgándole en los trabajos.

Si no sabe lo necesario para salvarse, como el misterio de la Santísima Trinidad, de la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, el Credo (entendiéndole), el Padre nuestro, los Mandamientos y los Sacramentos.

Si ha desconfiado de su salvación ó dilatado la enmienda para la vejez.

Si no creyó, ó si se puso á dudar de propósito alguna cosa de fe, y cuántas veces.

Si ha dado crédito á sueños, agüeros ó rayas de manos.

Si ha consultado á hechiceros, adivinos y gitanos.

Si lleva nóminas y oraciones supersticiosas, con las cuales cree que sabrá la hora de su muerte, ó que no morirá sin confesión.

Si ha curado ó hecho curar á sí ó sus cosas con palabras vanas y acciones supersticiosas.

Si ha leído ó tiene libros prohibidos.

Si se ha alabado de los pecados así suyos como de otros.

Acusarse si ha sido causa ó inducido á otros á pecar.

*Segundo mandamiento.*

Si interiormente se resolvió á jurar ó atestiguar falso.

Si ha jurado con mentira ó con duda y cuántas veces.

Si tiene costumbre de jurar sin advertirlo, diga las veces al día ó semana.

Si ha jurado amenazando de vengarse.

Si prometió con juramento de no hacer bien ó hacer mal.

Si ha dejado de cumplir lo que ha votado, jurado ó prometido, siendo cosa buena.

*Tercer mandamiento.*

Si ha determinado de no guardar la fiesta, de trabajar ó hacer trabajar en ella.

Si tuvo intención de no oír Misa, de no ayunar, ni confesar, ni comulgar á su tiempo.

Si oyendo Misa ha hablado con otros toda ella ó parte notable, y si ha inquietado á otros.

Si no ha rezado lo que tiene obligación.

Si no oyó Misa entera en días de precepto por su culpa.

Si la oyó con poca reverencia, haciendo señas ú otras cosas indecentes.

Si estorbó á sus criados que la oyesen.

Si trabajó ó hizo trabajar en días de fiesta y cuantas horas.

Si no ha ayunado los días de su obligación.

Si ha comido cosas prohibidas sin tener bula.

Si ha recibido algún sacramento en pecado mortal, excomulgado ó con otra censura.

*Cuarto mandamiento.*

Si ha consentido interiormente de no honrar ó socorrer á sus padres ó superiores.

Si ha perdido el respeto ó despreciado á padres, marido ó mayores.

Si no ha corregido el pecado, ó permitido debiendo impedirlo.

Si ha maldecido á sus padres.

Si se ha mofado de sacerdotes, religiosos, pobres, ó viejos.

Si ha maltratado á su mujer ó á sus mayores.

Si da mal ejemplo á su familia, y no cria á sus hijos con buenas costumbres.

Si á sus padres no los socorrió en sus necesidades pudiendo.

Si á su mujer ó hijos no les da lo necesario.

Si no ha cumplido el testamento de sus padres, ánimas, mandas y deudas, etc.

*Quinto mandamiento.*

Si ha deseado la muerte ó grave mal á alguno.

Si se ha holgado del mal ó pesádole del bien ajeno.

Si ha tenido odio al prójimo, ó deseado vengarse de él y cuánto duró el rencor.

Si ha dicho palabras injuriosas.

Si ha echado maldiciones de corazón y si es costumbre cuántas al día ó semana.

Si niega el habla á alguno.

Si ha hecho ó mandado hacer algún mal á su prójimo.

Si ha aconsejado rencillas ó chismes poniendo en mal á otros.

Si ha muerto, herido ó dado golpes á su prójimo.

Si ha dado armas para dañar á algunos.

Si se ha excedido en el castigo de los suyos.

Si no quiere perdonar al que le injurió, aunque le satisfaga.

Si ha procurado aborto antes ó después de animada la criatura.

*Sexto mandamiento.*

Si ha tenido pensamientos torpes á sabiendas, deteniéndose ó complaciéndose en ellos, ó si ha deseado la ejecución, cuántas veces y con qué estado de personas sin nombrarlas.

Si ha tenido afición peligrosa ó deshonesta.

Si ha dicho palabras torpes; si ha cantado ú oído cantar canciones deshonestas y si ha leído libros lascivos.

Si ha conversado deshonestamente ó contado cuentos provocativos.

Si ha pecado con soltera, casada, parienta, ó con persona que tiene voto de castidad y si lo tiene él, y si en lugar sagrado.

Si ha tenido tactos deshonestos consigo á solas ó con tercero y si ha enseñado medios de pecar.

Si está amancebado ó encenegado en este vicio.

Si ha cometido pecado de sodomía ó bestialidad.

Si ha mirado deshonestamente, paseado, hecho señas, enviado presentes ó billetes, y dado músicas.

Si ha usado de tercero, si lo ha sido, ó encubridor.

Si tiene pinturas ó figuras deshonestas.

Si se ha puesto en peligro yendo con malas compañías, ó si no evita las ocasiones.

Si siendo casado ha negado el débito á su consorte, no teniendo causa legítima, ó ha usado mal del matrimonio.

Si se ha deleitado con algún mal sueño después de él.

Si ha usado de malos trajes, desaliños y afeites con mal fin.



Si ha comido ó bebido demasiado con embriaguez.

*Séptimo mandamiento.*

Si ha tenido ó tiene deseo de tomar ó de tener lo ajeno, ó de hacer algún ruín trato, ó engañar al prójimo.

Si ha consentido en hacer ó que otro haga daño en la hacienda ajena.

Si con juramento, engaño, ó con pleitos injustos ha procurado lo ajeno ó ayudado á otro.

Si ha hurtado, qué cantidad y cuántas veces, y si es cosa sagrada y si lo ha restituído.

Si no pagó diezmos y primicias.

Si ha dilatado restituir lo que debe pudiendo, y cuántas veces.

Si ha comprado más barato ó vendido más caro de lo justo.

Si lleva cambios ilícitos prestando por interés, cometiendo usura.

Si acompañó, participó, encubrió ó compró lo hurtado.

Si llevó más de lo que merecía su trabajo, ó trabajó menos ó más de lo que debía.

Si ha jugado con trampas, ó con aquellos que no son señores de lo que juegan.

Si no paga lo que debe, ó difiere la paga, en especial á jornaleros, criados y oficiales.

Si no hizo las diligencias para restituir lo hallado, ó se quedó con ello.

### *Octavo mandamiento.*

Si ha deseado la deshonor ó infamia del prójimo.

Si ha consentido que si pudiera le deshonrara.

Si se ha resuelto interiormente á murmurar ó mentir en daño grave.

Si ha sospechado ó juzgado mal de alguno temerariamente, ó descubierto su sospecha.

Si ha murmurado del prójimo, ó gus-

tado de oír murmurar, ó no lo ha impedido pudiendo y debiendo.

Si ha levantado algún falso testimonio, ó mentido en cosas de importancia, ó con daño ajeno.

Si ha manifestado el pecado secreto sin necesidad.

Si con su mala lengua ha hecho perder casamiento, dignidad, etc.

Si ha hecho libelos infamatorios y pasquines.

Si ha hecho algo con que desacreditar al prójimo.

El nono mandamiento se reduce al sexto y el décimo al séptimo.

Acúsesse también si tiene algún pecado acerca de su oficio ó estado de los malos propósitos y deseos, aunque no los haya puesto por obra; y de si estando en duda de si era pecado ó no, lo ha puesto por obra.

Los pecados capitales se reducen á los mandamientos. La soberbia al cuarto; la avaricia al séptimo; la lujuria y la gula al sexto; la ira y la envidia al quin-

to; la pereza al primero. Lo mismo se entiende de los pecados contra las obras de misericordia.

V.

Así como el hombre necesita alimentar diariamente y á distintas horas el cuerpo para conservar la salud y la vida, así también necesita alimentar el alma para perseverar en la gracia y prevenirse contra el pecado; para lo cual debe acostumbrarse á decir algunas oraciones á diferentes horas.

*Por la mañana al levantarse.*

Gracias os doy, Dios mio, por haberme dejado llegar á este día: guiad todos mis pensamientos, palabras y obras y todos mis pasos para no caer en el pecado, y para que todo cuanto haga sea en honra y gloria vuestra y bien de mi alma. Amén.

*Por la noche al acostarse.*

Gracias os doy, Dios mio, por haberme dejado pasar el día de hoy dedicado al trabajo, y por las ocasiones que en mis disgustos y contrariedades me habéis proporcionado para ofreceros mi paciencia y resignación, porque todo ha sido dispuesto y ordenado por Vos para probar mi fe y en bien de mi alma. Haced que descanse en este lecho, imagen del sepulcro en que ha de ser depositado mi cuerpo después de la muerte, para poder continuar mañana mi trabajo y ofreceros todos mis sacrificios. Amén.

*A las horas de las comidas.*

Bendito seais, Señor, que nos habéis dado este alimento para el cuerpo: haced que con él se fortalezca también el alma para practicar las virtudes, y que no les falte á los pobrecitos que no le tienen. Amén.

*Al toque de campanas por la mañana, al mediodía y por la tarde.*

*El Angelus Domini, etc.* El Angel del Señor anunció á María, y concibió por obra del Espíritu Santo. Dios te salve María, etc.

*Ecce Ancila, etc.* Hé aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra. Dios te salve María, etc.

*Et verbum caro etc.* Y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Dios te salve María, etc.

Además de esto, lo mismo por la mañana, que á la comida del mediodía y por la noche debe rezarse por la salud ó eterno descanso, si han muerto, de nuestros padres, hijos y demás personas de la familia y bienhechores, al Angel de la Guarda, santo de nuestro nombre, ánimas benditas, y el rosario á la Virgen Santísima para que interceda por nosotros á fin de que el Señor nos conceda las gracias que pidamos, si nos

conviene, porque con las buenas prácticas religiosas se fortalece la fe y se está más preparado contra las tentaciones del enemigo.

*Máximas morales que deben tenerse presentes.*

El principio de la sabiduría es el temor de Dios.

El mejor saber, salvarse.

Quien un mal hábito adquiere, esclavo de él vive y muere.

Huye del peligro y no caerás en él.

Quien mal anda mal acaba.

Según es la vida es la muerte.

Haz bien y no mires á quién.

Lo que no quieras para ti no lo quieras para mí.

Al juzgar á otro ponte en su caso y principia creyéndole inocente.

Aborrece el delito y compadece al delincuente.

Quien perdona al que le ofende su gratitud adquiere.

La conciencia está intranquila, si no te guía en la vida.

Ya que no seas casto procura al menos ser cauto.

De los sabios y los viejos sigue siempre los consejos.

El que ha de reprender debe ser irrepreensible.

Sé prudente al reprender y te harás obedecer.

El buen ejemplo es siempre el mejor maestro.

Habla poco y no errarás.

En boca del mentiroso lo cierto se hace dudoso.

La humildad en la persona es el don que más le adorna.

La prudencia en el hablar te dará siempre á estimar.

Sé oportuno al preguntar y detente al contestar.

Más moscas se cogen con miel que con hiel.

No por mucho tener el hombre más feliz es.



El que aumenta sus afanes aumenta sus inquietudes.

Todo lo tiene quien nada desea.

Sé parco en la comida y serás de larga vida.

Socorrer al pobre es un deber porque hermano nuestro es.

Quien no tiene caridad no da al alma en que gozar.

Atiende siempre con gusto al que te pide lo justo.

Lo que tú gastes de más tus hijos menores tendrán.

Lo que con tu padre hicieres, de tu hijo esperar debes.

Quien con hierro mata con hierro muere.

Teme al mal amigo más que á tu enemigo.

Si quieres vivir bien ajusta tu vida á la ley.

Si el mal tiene remedio no te aflijas, y si no le tiene no te aflijas.

Nadie contra Dios luchar puede, lo que ha de suceder eso sucede.

Da á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.

Dios, que siempre te ve, ha de ser también tu juez.

La conciencia es tu fiscal y Dios quien ha de fallar.

En los días de dolor vuelve tus ojos á Dios.

A Dios rogando y con el mazo dando.

---

# ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
Aprobación eclesiástica.....	5
Dedicatoria.....	7
Prólogo al lector.....	9
PARTE PRIMERA.	
La ley natural y consideraciones generales sobre la misma.....	13
PARTE SEGUNDA.	
Historia sagrada.....	33
PARTE TERCERA.	
Explicación del santo sacrificio de la Misa, sus ceremonias y demás.....	1
PARTE CUARTA.	
Explicación del Sacramento de la Penitencia con las oraciones para antes y después de la confesión.....	130
Explicación del Sacramento de la Eucaristía con las oraciones para antes y después de la comunión.....	135
Método para hacer examen de conciencia.	140
Oraciones de uso diario.....	152
Máximas morales.....	155







